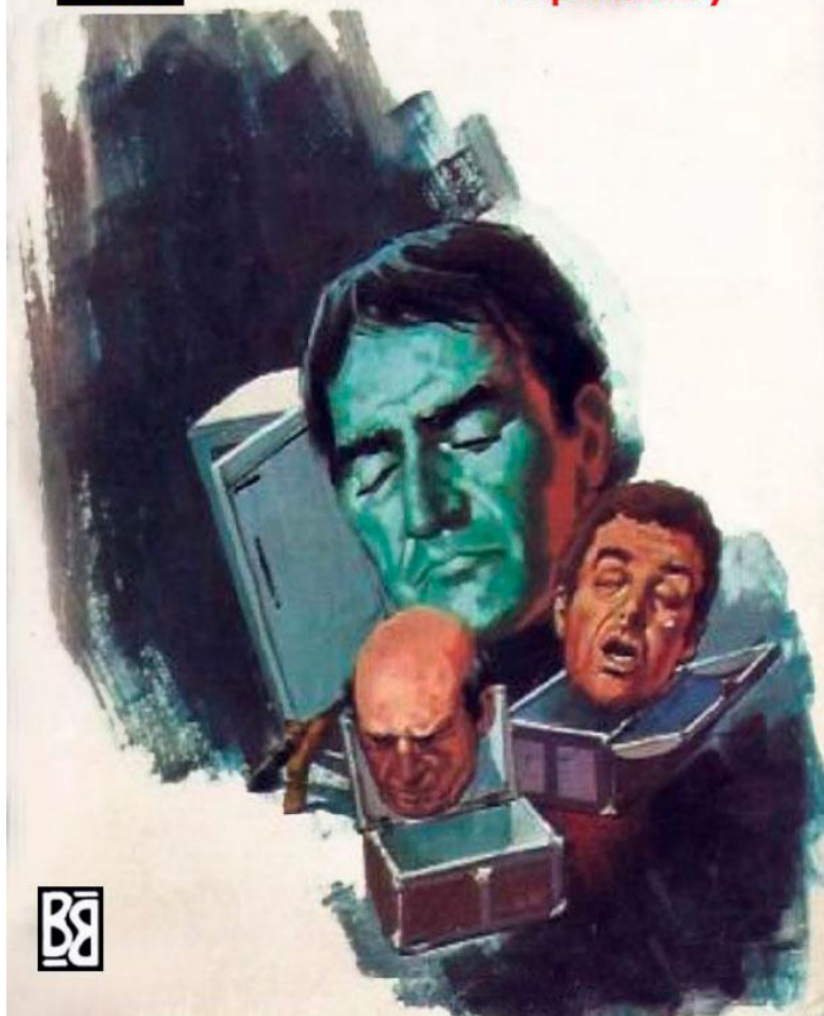


PUNTO
ROJO

lavado de cerebro

ralph barby



BS

COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

LAVADO DE CEREBRO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 352
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 38.778 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1969

© RALPH BARBY - 1969
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

547. — La charca del sapo.

En Colección KANSAS:

449. — Los hijos de la loca.

En Colección CALIFORNIA:

609. — Un hombre debe morir.

En Colección BRAVO OESTE:

390. — La maldición del *trail*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

951. — La muerte baila en Copacabana.

En Colección SALVAJE TEXAS:

660. — La caída del árbol.

En Colección PUNTO ROJO:

349. — El detective más caro de Miami.

En Colección ASES DEL OESTE:

488. — Hace falta un justiciero.

En Colección BISONTE:

1.061. — Los colmillos de Silver.

En Colección BÚFALO:

779. — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

El alba había hecho su aparición. A aquella hora, la tierra del desierto de Nevada aparecía roja y su aridez ayudaba a presentir aquel lugar, especial para pruebas automovilísticas, como un paisaje extraterrestre, marciano.

El bólido amarillo rabioso contrastaba con el negro de las ruedas recién estrenadas, unas ruedas grandes, enormes, pues su radio era de tres pies y cinco pulgadas.

—Impresionante, ¿verdad? —preguntó Jack Foster mientras ceñía las correas del casco protector de barbilla que se estaba colocando, un casco especial para pilotos a reacción.

—Diabólico —opinó Randall, famoso periodista deportivo, especializado en el mundo del motor.

—Diabólico no, es fantástico, excepcional. Es lo mejor que han producido nuestros talleres —dijo un tercer personaje ampulosamente, abriéndose de brazos como receptor de un gran triunfo.

Jack se volvió hacia el hombre grueso, de bigote recortado y gran habano en la boca.

—Es Merith, el propietario de la firma constructora.

—No hacen falta presentaciones, Jack. El señor Randall y yo ya nos conocemos —dijo palmeando a la vez los hombros del periodista y el piloto de pruebas, el cual sobresalía entre ambos por su elevada estatura y amplia espalda.

Mientras los tres hombres charlaban, los mecánicos de la firma constructora de automóviles daban los últimos toques al bólido que iba a ser probado por primera vez.

—Señor Merith, ¿por qué fabrica semejantes monstruos? —preguntó el periodista sacándose del bolsillo un micrófono del tipo dinámico después de poner en marcha el magnetófono que llevaba colgado a modo de bandolera, sin preocuparse ahora de la cámara

fotográfica, que pendía de su cuello con el objetivo abierto y preparado para recoger cuanto fuera interesante.

—Usted lo ha dicho, como bólido es un monstruo No se ha construido nada igual, es decir, sí, el «Pájaro Azul», conducido por ese *snoob* escocés, pero nuestro «Yellow» lo superará, puede estar seguro. Será la máquina terrestre más rápida del mundo.

El reporter movió la cabeza y Jack Foster intervino para aclarar:

—Lo que quiere saber nuestro periodista es por qué los fabrica.

—Claro, porque si no pueden correr por las carreteras y tampoco participar en una carrera como la de Indianápolis, debido a su motor a reacción...

—Publicidad, amigo mío, publicidad —explicó el fabricante—. Antes, cuando Ford comenzó a fabricar coches en serie, se vendían como rosquillas, en cambio ahora hay mucha competencia. Todos los autos son buenos, lo mismo los de mis competidores que los míos, y es la publicidad la que hace vender coches. Yo siempre lo he dicho, la publicidad y un poco de perfección.

—Hasta ahora se ha utilizado la fórmula de hacer publicidad en las carreras automovilísticas. El coche ganador tiene vendida gran parte de su fabricación anual, pero usted...

—Sí, pero yo opino que la gente se cansa ya de seguir las carreras. Hay que dar el golpe y si nuestro «Yellow» hace el prodigio, la publicidad será grande y la gente comprará coches de Merith y de nadie más, ya lo verán. Tengo gran confianza en este bólido.

—Creo que no es el primero que construye. Otras veces ha fracasado —indicó el periodista.

—¿Fracasado? ¡Nunca! Sólo hemos dado pasos adelante. Para llegar a la perfección hay que tropezar antes muchas veces. Hice construir esta pista de asfalto en medio del desierto, veinte millas de fondo con una anchura de calzada de sesenta yardas y al final de las veinte millas, una milla entera en circunferencia completa para que los bólidos regresen aquí.

—¿Cree usted que su publicidad compensará este gasto de millones de dólares?

—Tengo confianza en mis compradores, en mi bólido y en el piloto de pruebas Jack Foster.

Foster hizo una mueca y el periodista le miró.

—¿Tú qué opinas, Jack? ¿Estás seguro de que ese bólido va a rodar o a volar?

—Espero que ruede y que no estalle en mil pedazos.

—¿Existe ese riesgo, señor Merith?

—No, claro que no. En cuanto a sufrir un accidente, también se puede romper uno la cabeza en la carretera. Por cierto, ahí viene mi director de publicidad con unos cuantos colegas de la Prensa.

Randall los miró y por la cantidad de periodistas que vio opinó:

—Le habrá costado mucho dinero la invitación para tan crecido número de periodistas.

—Bah, no tiene importancia. Una copiosa y bien presentada recepción, lo menos que se merecen los abnegados chicos de la Prensa.

—Es usted muy listo, señor Merith —opinó Randall. Encarándose con el piloto agregó—: Mientras se acercan esos informadores a robarme la exclusiva que yo he descubierto el primero, dame tu primicia, Jack. ¿Por qué eres piloto de pruebas si eres un exmiembro del FBI, actualmente con carnet de detective privado?

Foster respiró hondo antes de contestar:

—No lo hago por los mil dólares que el señor Merith me paga por cada prueba.

—¡Mil dólares en pocos minutos! —Silbó admirativo.

—No creas que desprecio el dinero, no, pero si pruebo esos monstruos diabólicos como tú les llamas —señaló el «Yellow», bautizado así por su estridente color—, es porque me gusta.

—¿Qué es lo que te gusta? ¿Correr, arriesgar la vida o ser distinto a los demás?

—Es algo difícil de explicar. Se corre, se arriesga la vida y se siente uno distinto. En cuanto a morir, eso sólo se piensa antes, porque cuando el motor se pone en marcha, ya no se piensa en nada. Es como vaciarse el estómago y poner el cerebro dentro del congelador.

—¿Te consideras un tipo frío?

—Algunas chicas opinan lo contrario.

—Buena respuesta, Jack. En confianza, dime, ¿por qué dejaste el FBI? ¿No resulta más arriesgado esto?

—En todos los escaños de la sociedad se puede ayuda al

progreso, a la paz, a la misma Humanidad. Yo me siento libre, muy libre así. En cuanto a por qué dejé el FBI, no es ninguna noticia. Soy algo rebelde, indisciplinado, no me gustan las órdenes. Si cien veces me felicitaron por misiones realizadas con éxito, otras cien me amonestaron por mi rebeldía, por emplear métodos muy *sui generis*. No sirvo para estar condicionado a una disciplina. Yo soy el que ves ahora, dispuesto a subir a ese artefacto para lanzarme a una loca carrera sin saber si dentro de pocos minutos estaré desintegrado y no van a encontrar ni la suela de mis zapatos.

—De todo esto opino que desprecias la vida —dijo siempre grabando en su cinta cuánto hablaban.

—No tengo padres. Soy soltero y tengo muchas chicas, que es igual que decir que no tengo ninguna. Creo que ya he respondido y ahora, me temo que voy a tener que contestar a todos tus colegas.

El propietario de la escudería llegó hasta ellos, seguido de una nube de reporteros.

—¡Foster, aquí tienes a toda la Prensa del país en pleno! ¡Responde a sus preguntas! —le dijo.

Jack Foster se dejó fotografiar para la Prensa deportiva. Frente a él todo eran caras sonrientes.

Foster tuvo que responder a algunas preguntas y lo hizo con su habitual ironía.

—El señor Merith me ha dicho que este bólido no fallará, pero si falla no me dediquen ninguna esquela; a mi nombre, el luto no le va.

—Siempre burlón, Jack, pero ya verás qué triunfo para mi factoría. Este bólido alcanzará las cuatrocientas millas sin despegar los neumáticos del asfalto, con suma facilidad.

—¿Cuatrocientas millas? —repitió uno de los periodistas—. ¡Eso es superior a lo que se ha soñado jamás!

—Pues, ¿qué esperaban de un bólido como éste?

—Bueno, muchachos, deséenme suerte. No quiero esperar a que se eleve el sol y caliente la pista. A la velocidad que voy a llevar, los neumáticos ya se calentarán suficientemente para que les añada unos grados más de temperatura.

—No va a competir con otros corredores —comentó Randall—; va a competir con la misma muerte, porque hay que ser suicida para montar en ese bólido.

—¿Usted cree que Jack Foster, el exfederal, es un suicida?

A la pregunta de uno de los periodistas, el propietario de la factoría repuso:

—No, amigos, no. El «Yellow» no es tan peligroso como parece. En realidad, es como un *jet*, pero sin alas y con ruedas. Si las cosas se le ponen feas, pulsará un botón y saldrá despedido por el aire, catapultado por un gas comprimido, para caer luego en paracaídas. Además, a todo lo largo de las veinte millas (por eso he escogido el desierto de Nevada para montar esta zona de pruebas) no hay una sola roca más alta de dos pies, ni ningún árbol o pared contra la cual chocar. Si se despistara, lo que haría sería rodar por el desierto.

—Y las piedras o socavones que encontrara, ¿serían peligrosos a la fantástica velocidad de cuatrocientas millas?

—¿Ustedes creen que con esas ruedas, más grandes que un hombre, no se puede salvar cualquier bache o piedra sin dificultad?

Jack Foster se introdujo en el bólido, que sólo tenía un asiento angosto que debía volar por el aire en caso de peligro, y al que Jack se sujetó con una correa cruzada de seguridad que saltaba a una presión de su mano, dejándole en libertad en caso de peligro o incendio del coche, cargado con el mismo tipo de carburante utilizado por un caza supersónico.

—¿Listos? —inquirió Jack a los mecánicos.

Éstos asintieron, apartándose del vehículo que estaba siendo fotografiado.

—Buena suerte, Jack. Dentro de pocas horas, tu nombre va a recorrer el mundo —dijo Randall, el periodista amigo.

—Será un éxito —dijo Merith satisfecho.

Foster accionó los mandos y el motor comenzó a silbar. Pocos instantes después, inició el rodaje.

Los periodistas se colocaron delante de los tres monitores de televisión desde los cuales, y debido a unas cuantas cámaras automáticas instaladas a lo largo del circuito, podrían ver correr al bólido que no alcanzaría su máxima velocidad hasta dar la vuelta a la milla que debía realizarse en circunferencia para regresar a la gran pista recta.

Una célula fotoeléctrica dispararía un cronómetro de precisión en el momento que tomara la recta de regreso para controlar entonces la velocidad a la que eran recorridas las veinte millas con

el bólido lanzado para después, una milla antes de llegar al lugar de partida (milla que no se contaba dentro de las veinte calculadas en línea recta), tuviera tiempo de frenar reduciendo la marcha.

Jack Foster cubrió sus ojos azulados con las gafas y el «Yellow» fue adquiriendo más y más velocidad.

El motor a reacción propulsó al bólido, acelerándolo cada vez más.

Los periodistas le perdieron de vista. Sólo se encargarían ya de él las cámaras televisivas, aunque había espacios muertos de varias millas en los que las cámaras no captarían nada.

«Esto funciona», se dijo Jack.

Las grandes y poderosas ruedas del «Yellow» apenas rozaban el suelo. De tener alas, por pequeñas que fueran, el «Yellow» habría comenzado a elevarse en el aire.

El viento azotaba con fuerza el parabrisas de plástico reforzado y el ruido debía ser ensordecedor, pero Jack Foster apenas lo oía, metido dentro del bólido mismo y con las orejas puestas.

Jack sabía que eran muy pocos en el mundo los que se jugaran la vida de la forma como él lo estaba haciendo y de estos pocos, contados tenían la sangre fría para autocontrolarse y controlar la máquina que montaban.

Sabía muy bien que cualquier desperfecto podía hacer desintegrar el bólido y con la cantidad de carburante que llevaba en el depósito, el *Yellow* se convertiría en una gran bola de fuego visible desde lejos.

De pronto, se fijó en el termómetro.

—Diablos, esto se pone feo...

La manecilla del termómetro circular, reflejo de la temperatura del motor, adelantaba trágicamente, habiendo rebasado ya la zona roja de peligro hasta pegar en el tope. Jack sabía muy bien que al llegar allí, el molido estallaría de un momento a otro, quizá sin darle tiempo a nada.

Tenía que maniobrar con rapidez, cuando ya estaba en la curva, o moriría sin remedio. El bólido de Merith había fallado en algo, pero él no tenía tiempo de preguntarse en qué.

Pulsó el botón rojo y sufrió una fuerte sacudida, como si le arrancaran los intestinos. Luego, un ligero vahído que duró apenas unos segundos, causado por la fuerza de la aceleración, y ya en el

aire, sentado en el asiento que había sido despedido también hacia el cielo azul, se abrió un paracaídas.

Mientras descendía con rapidez, vio el sol ante él que le cegó brevemente. Luego, un gran estallido.

No tuvo que buscar con la mirada. Ya fuera de la pista, sin gobierno, el bólido acababa de estallar convirtiéndose en una enorme bola de fuego.

Al llegar a tierra vio aparecer un *jeep* que no había visto antes en la zona de pruebas.

El vehículo todo terreno se detuvo junto a él y de su interior saltaron cuatro individuos que corrieron hacia él, haciendo saltar las correas que lo sujetaban al asiento.

—Gracias, amigos —dijo Foster al encontrarse libre de los atalajes.

Uno de aquellos hombres se encargó de recoger la silla y el paracaídas, colocando ambas cosas encima del *jeep*. Invitaron a subir a Jack en la parte posterior del mismo, entre dos de aquellos hombres surgidos de improviso en el desierto.

—Le estábamos esperando.

—No me digan... ¿Sabían que el «Yellow» iba a estallar? Hay más de veinte millas desde la meta de partida.

—¿Usted qué cree, que lo sabíamos o no?

Jack miró a los hombres. Todos le sonreían y a Foster le extrañó no haberlos visto antes.

—Ustedes no pertenecen a la factoría Merith.

—No haga demasiadas preguntas, Foster, no estamos autorizados a responderlas —le dijo el que iba delante, junto al conductor.

—Por todos los diablos, ¿qué dirección toman? ¿No vamos de regreso a la meta?

—No, nos adentramos en el desierto —respondió el que parecía el jefe de aquellos cuatro tipos.

—¿Adónde?

—Nos aguarda un helicóptero, pero está algo lejos de aquí. No interesa que sea visto por los periodistas que han presenciado la desintegración de Jack Foster, el piloto de pruebas suicida.

—Oigan, ¿qué quieren de mí?

—Sólo colaboración y, si se porta bien, no tendremos que

emplear métodos más duros.

—Supongo que les ha enviado alguien. ¿Quién ha sido?

—Cuando sea el momento lo sabrá. Ahora, duerma, le hará bien. Debe estar muy fatigado tras haber muerto desintegrado —comentó cínicamente su interlocutor.

Foster sintió un agudo pinchazo en el muslo.

Cuando se giró, vio junto a sí la mano de uno de los que le acompañaban sosteniendo una aguja hipodérmica.

—¡Maldita sea!

Forcejeó pero rápidamente le invadió un profundo sopor.

La vista se le nubló sumiéndole en la negrura de la inconsciencia mientras varios coches, cargados con los periodistas, se apresuraban en llegar a la zona del siniestro para captar fotografías en color de la bola ígnea que constituían los restos del famoso «Yellow-Bolid».

CAPÍTULO II

El «Chevrolet» se introdujo en la suntuosa mansión situada a orillas del Potomac, en la calle 21, ya a las afueras de Washington.

Cuando el lujoso automóvil circulaba por los jardines que tenía la residencia, Jack Foster comenzó a bostezar. Despertaba de un largo sueño.

El «Chevrolet» se detuvo suave, balanceando su carrocería frente a las escalinatas de la entrada principal.

—Vamos, Foster, ya hemos llegado al destino —dijo una voz junto a su oído. Jack, que vestía aún como piloto pero no llevaba el casco, se apeó del coche.

—¿Adónde me han traído?

—Esto es Washington. Estamos a orillas del Potomac.

—Menos, mal. Creí que estaría en el Vietnam poco más o menos —dijo oprimiéndose la nuca con la mano.

—¿Le ocurre algo? —le preguntó el jefe del cuarteto.

—Sí, me duele la cabeza.

Acto seguido, Foster accionó su puño.

El hombre, alcanzado de lleno en el mentón, cayó violentamente hacia atrás midiéndolo con su cuerpo la gravilla que cubría el suelo.

Los otros tres tipos se prestaron a ayudar a su jefe, tratando de dominar a Jack Foster, pero éste no era fácil de acoger y replicó a la agresión.

—Y a ti, por la inyección, encaja esto.

El que le clavara la aguja hipodérmica, recibió un fuerte golpe de antebrazo en el estómago y luego un gancho que le obligó a efectuar la misma pirueta que su jefe.

Foster tuvo que encajar algunos golpes, pero sus puños semejabán los pistones de un motor de explosión. Entraban y salían a velocidad de vértigo.

—¡Señor Foster! —interpeló una voz grave en lo alto de la

escalinata. Los cuatro sujetos que le habían raptado quedaron quietos.

Jack miró al individuo que había aparecido entre un hombre de más edad que él y una joven de mirada serena que parecía absorta contemplando la virilidad de Foster.

—Gobernador Danielson...

—Veo que me ha reconocido.

—Ya lo creo, es usted uno de los hombres más populares de la nación, un candidato en las elecciones para la presidencia de nuestro país.

—Ustedes —dijo refiriéndose al cuarteto— no hagan más los idiotas y usted, Foster, sígame.

Jack subió tranquilamente las escaleras que conducían a la gran pérgola de columnas graníticas, probablemente sacadas del parque de Yellowstone.

Los cuatro hombres que le habían raptado de modo tan inesperado en el desierto de Nevada, se sacudieron el polvo y se frotaron las equimosis con que les había obsequiado Foster.

Fue conducido hasta el despacho del popular Danielson.

El gobernador le aguardaba y, junto a él, cinco personas entre las que se encontraba la mujer de cabellos rubios recogidos en la nuca y mirada penetrante.

Era de fácil sonrisa y lo que más destacaba en ella era la aplastante seguridad en sí misma.

Cuando penetraron en el despacho los cuatro secuestradores, éstos cerraron la puerta tras de sí y Jack se sintió incómodo con su indumentaria deportiva rodeado de aquellos personajes impecablemente vestidos.

Sin embargo, había algo que la mujer captó mejor que nadie. Jack Foster destacaba por su virilidad, por su cabello negro enmarañado y rebelde como él mismo. Foster era como un símbolo del futuro, todo él despedía energía, fuerza y también seguridad y algo inexplicable que atraía al sexo contrario.

—Ante todo, señor Foster, he de pedirle disculpas por los medios utilizados por mis hombres para conducirlo hasta aquí.

—Ignoro cuáles son sus propósitos, gobernador, pero creo que si me hubiera pedido que viniera hasta aquí una vez finalizada la prueba con el «Yellow Bolid», habría venido sin vacilar y usted se

hubiera ahorrado un *jeep* de transporte y sus hombres algunos golpes.

—Tiene usted razón, Foster, habría resultado más práctico, pero no conveniente a mis propósitos. ¿Fuma? —inquirió tendiéndole una caja.

En silencio, Foster tomó un cigarrillo y Danielson, sin ofrecer tabaco a nadie más, indicó:

—Tome asiento, señor Foster.

Antes de obedecer, Jack miró alrededor y preguntó abiertamente:

—¿Es toda su plana mayor?

—Sí. Para alcanzar objetivos importantes en las campañas electorales se debe escoger un buen equipo. Los muchachos que le han acompañado son mis *guard-corps*. Ferguson los dirige. Le advierto que es una verdadera inteligencia.

Jack miró a Ferguson.

Era un tipo que por bajo, parecía más grueso de lo que en realidad era, lo contrario que ocurría a Jack. Estaba bastante calvo, pues sólo contadas hebras de pelo cruzaban su cabeza de parte a parte.

Frente a sus ojos, unas gafas de grueso cristal y montura de sencillo alambre de oro. A Jack le pareció un sujeto metódico, ordenado, paciente y calculador, que conocía sus metas y los pasos que debía dar para llegar a ellas.

—¿Ha sido usted quien ha escogido el método para traerme aquí de incógnito?

—Sí. El gobernador me pidió el máximo secreto y lo he conseguido. Ése era mi trabajo.

—Es cierto pero al parecer, para llegar a los fines, usted no repara en los medios.

—No se moleste con Ferguson, señor Foster. Es un hombre que vale. El jefe de seguridad del estado lo tiene como consejero principal.

—Mis felicitaciones, señor Ferguson. Entonces, después del gobernador y el vicegobernador es usted el hombre más importante del estado, aunque sea una fuerza en las sombras.

Irónico, sabiendo en todo momento cuáles eran sus posibilidades, Ferguson repuso:

—No tengo un rostro muy agraciado para salir en primera página del *Washington Post*.

—Por cierto, hablando del vicegobernador, aquí está el señor Breger.

—Mis saludos, vicegobernador —dijo Foster recibiendo una inclinación por parte del hombre de cabeza cana, venerable, y rostro franco y enérgico.

—Delante también tiene al señor Spencer, premio Pulitzer de novela. Siguiendo mis indicaciones, naturalmente, redacta todos mis discursos. Siempre me he dicho que detrás de un buen político debe haber un buen escritor. Para triunfar no se puede dejar nada a la improvisación, aunque delante del auditorio se dé esta impresión.

—Gobernador, está dándome toda una lección de política. Danielson sonrió y prosiguió:

—Le presento al coronel Stoneman, agregado al Pentágono. Es un excelente militar y político. El me mantiene informado sobre cuestiones militares, tanto de la política interior como de la exterior.

—Mucho gusto, coronel.

—El gusto es mío. Es usted muy conocido, señor Foster. Como piloto de pruebas en el mundo deportivo y como un exmiembro del FBI, sin embargo muy apreciado por las altas jerarquías federales. Pese a su rebeldía, sé que el señor Hoover le tiene en el máximo respeto y admiración.

—Ahora, sólo falta que me presente al elemento bello del grupo —dijo Jack sin quitar sus ojos azules de la mujer.

Ésta aguantó su mirada sin sentirse molesta.

Edna Wood es quien dirige una de las partes principales para unas buenas elecciones, una parte que muchos piensan es la primera y principal.

—¿La publicidad? —inquirió Jack.

—Exacto, la publicidad. Es un trabajo más arduo de lo que parece. Debe controlar toda la prensa del país, revistas, radio y televisión, inclusive las noticias que se envían al extranjero. Edna Wood es un buen elemento.

—No lo dudo, gobernador, un buen y admirable elemento.

Ella tomó un periódico que había sobre la mesa despacho y lo tendió a Jack Foster en silencio.

Cuando Foster lo recogió, leyó los titulares y admiró la portada a todo color.

—¡Diablos!

«Jack Foster, el piloto suicida, ha muerto desintegrado en el *Yellow Bolid*. El mundo del deporte le recordará siempre».

Firmado, Randall.

—Levantó la vista tras observar la fotografía del bólido incendiado y su rostro con el casco, puesto en un ángulo. —Se han dado prisa.

—Las noticias y fotografías han llegado a Washington antes que usted.

—¿Cuánto tiempo he permanecido inconsciente?

—Veinticuatro horas —aclaró Danielson—. Era necesario que estuviera tranquilo hasta mi llegada a Washington, pues estaba ultimando detalles de mi campaña electoral.

—Ahora que me ha presentado a su plana mayor, ¿va a decirme por qué me ha hecho conducir hasta su despacho de incógnito y haciendo creer a la opinión pública que he muerto?

—Porque es usted el investigador idóneo que preciso.

—¿Para qué? —inquirió con sus ojos suspicaces.

—¡Ferguson, haga traer a nuestro invitado!

Ferguson se levantó de su silla e interpelló al hombre que había mandado el cuarteto en la misión de apoderarse de Jack Foster.

—Sterling, tráiganlo aquí.

—¿Está abajo?

—Sí. Michael y Carrigan están con él vigilándolo.

—Mientras llega nuestro personaje le explicaré, señor Foster, que sufrí un atentado, frustrado desde luego, y hace poco, cuando estaba pronunciando un discurso en el Scott Circle, Ferguson y sus hombres han capturado a un nuevo terrorista que iba a atentar contra mi vida.

—¿Hay suficientes pruebas para demostrar tal hecho? —interrogó Foster. Ferguson sonrió suficiente, explicando:

—Tenía en su poder un rifle Elite con mira telescópica, cargado con balas
dum-dum
explosivas. Lo capturamos cuando estaba en la ventana preparado.

Unos minutos más, quizá unos segundos, y nuestro querido gobernador habría sido un nuevo mártir de este país tan salvaje como es Norteamérica.

El gobernador sostuvo una pausa y luego añadió:

—Señor Foster, usted se encargará de investigar a este hombre y llegar al final del hilo, caiga quien caiga.

—¿Está seguro de que caiga quien caiga?

—Sí, por eso lo he escogido a usted.

—¿Quiere decir que los federales quedan detenidos frente a los muros graníticos de bloques políticos e industriales?

—Creo que tal evidencia ha quedado demostrada en otros magnicidios ocurridos en nuestra nación. No es que dude de la competencia de los federales, pero en los Estados Unidos, al igual que en otros países, tienen sus limitaciones. O si no, dígame, ¿cree que la policía, por ejemplo, detendría en Inglaterra a su reina por hacer ejecutar a alguien que le molestase?

—Tal como lo dice, no, pero hay otros procedimientos.

—Sí, hay varios procedimientos, y para mí, uno de ellos es usted, Foster. Confío plenamente en usted aunque eso sí, no le negaré que va a arriesgar su vida.

—Si según su bello agente de publicidad ya estoy muerto, ¿cómo voy a poder morir de nuevo?

Danielson rodeó la mesa escritorio para acortar distancias y dar más familiaridad a la situación.

—Me satisface que considere el problema fríamente. La verdad es que no esperaba menos de usted, Foster.

—Un momento, gobernador. Lo que no comprendo es por qué no ha encargado a Ferguson y sus muchachos esta investigación.

—La respuesta es simple. Mis hombres me protegen adonde quiera que voy, de no ser así ahora estaría muerto probablemente. Nuestra nación es una jungla de cemento y la mano asesina puede surgir en cualquier par —te y en el momento más inesperado. Ellos me han de proteger constantemente, no puedo prescindir de sus servicios como guardaespaldas.

—Pero, alguno de ellos...

—Es que no sólo se trata de eso. Piense que mis hombres son sobradamente conocidos por mis rivales en las elecciones.

—¿Sospecha de los otros candidatos a la presidencia?

En medio del, silencio de los demás, Danielson respiró hondo. Le costaba dar su sincera opinión.

—Bueno, creo que en todas las épocas la ambición política ha hecho correr mucha sangre y el mejor medio para hacer desaparecer a un rival y así obtener el triunfo es eliminarlo.

—Los otros candidatos a la presidencia en estas elecciones son Boogner, Laramy y Childson. ¿De cuál sospecha más?

—Sospechar, sospechar... —Movi6 la cabeza de un lado a otro. Ferguson intervino con su opinión sin que ésta hubiera sido pedida.

—Childson parece el más peligroso y rabioso a la vez. Además, hay algo que la opinión nacional ignora.

—¿Y qué es? —preguntó Jack.

—Que Childson se alía con los *gangsters* que controlan diversos sindicatos y de este modo obtiene votos seguros y fuerza humana y económica.

El gobernador Danielson, menos receloso, dijo:

—La verdad es que yo no pienso mal de ninguno de mis paisanos. También podría ser que algún elemento extranjero pagado por su país respectivo o por otro país interesado, tratara de boicotear las elecciones provocando magnicidios que si por un lado eliminan a líderes políticos, en este caso yo...

—Además crean confusión y recelos respecto a los otros —añadió Foster.

—Así es. Sería una forma de boicotear las elecciones y los Estados Unidos saldrían perjudicados. Luego, los frentes de combate en el sudeste asiático se debilitarían y nuestro ejército en Europa perdería fuerza. Nuestras naciones amigas del pacto de la OTAN podrían recelar. Se produciría una escisión que acabaría siendo favorable al pacto de Varsovia que podría gastarnos una mala pasada.

—El gobernador, y perdóneme la expresión —medió Ferguson— es algo ingenuo. Ha habido otros magnicidios y poca gente, no sólo en los Estados Unidos sino en todo el mundo, piensa que no han sido grupos políticos de nuestra propia nación. Sigo opinando que Childson o quizá Laramy...

—Bien, el señor Foster se encargará de investigar lo que sea —cortó el gobernador—. Tendrá la ayuda de Ferguson y sus hombres siempre que la requiera, también mi propia colaboración y la de mis

ayudantes.

—¿Incluida la publicidad? —preguntó Jack.

La chica no sonrió. Se conservaba grave, interesada.

—Sí, y le hará falta, en especial porque ella conoce a todas las personas que puede necesitar tratar para su investigación. A mis hombres no los utilizo porque les conocen y como no quiero que mis rivales piensen que los investigo, si a usted lo descubren o atrapan, todos los que estamos aquí, que somos los únicos que sabemos de este trato, negaremos conocerle.

—Comprendo. Si me cazan, no puedo esperar más ayuda que la mía para escapar.

—Así es —asintió Danielson de un modo tajante, sin dejar lugar a dudas.

Foster comprendió. Era una misión muy arriesgada y sólo por eso, ya le interesaba. Golpearon con los nudillos en la puerta y Danielson autorizó la entrada.

Aparecieron cuatro hombres. Uno de ellos era Sterling, al que Jack ya conocía.

Los otros dos iban vestidos con trajes oscuros y por último, un sujeto cubierto por un simple mambo floreado y un pantalón veraniego, de cabello albino y aspecto idiotizado. Cojeaba el caminar y llevaba las manos esposadas a la espalda.

—¿Es el terrorista? —preguntó Jack.

—Lo capturamos en una investigación de rutina. Cada vez que nuestro gobernador va a dar un discurso, efectuamos una inspección y en un hotel de tercera categoría nos dijeron que había un tipo sospechoso que debía haber olvidado su documentación. Lo investigamos y pudimos sorprenderle antes de que cometiera lo irreparable.

—¿Y piensan entregarlo a alguien? —preguntó Jack.

—No, creo que por ahora será mejor que no. Habrá que tenerlo a buen recaudo, eso sí, pero si le sirve a usted para investigar...

—Naturalmente. ¿Qué han averiguado ustedes sobre él? Ferguson explicó:

—No ha sido difícil establecer su identidad con la ayuda que el FBI y la Military Police presta a la policía del estado de nuestro querido gobernador Danielson.

El coronel carraspeó interviniendo en la conversación:

—Este sujeto, por lo que ha podido averiguar el servicio de la Military Police, se llama Paul Klofosky.

—¿Del Este de Europa? —preguntó Jack.

—De ascendencia búlgara concretamente, pero nacido en los Estados Unidos. Pertenece al ejército y ha luchado en el Vietnam hace cuatro meses. Fue enviado a San Diego con una herida de bala en la pierna, al parecer de carácter grave.

—Sí, ya veo que cojea.

—Como hombre no parece ser gran cosa, pero gran cumplidor de las disciplinas castrenses, ascendió a sargento. Está considerado como un especialista en tiro a larga distancia.

—Lo que quiere decir que es un experto tirador de Elite.

—Sí, capaz de agujerear un níquel con un fusil del veintidós a tres cuartos de milla de distancia, naturalmente, con mira telescópica y siempre que la bala no sea desviada por un fuerte viento.

—Todo un experto para cometer este tipo de magnicidios. Prosiga, coronel —invitó Jack.

—Desapareció del hospital cuando su curación ya estaba casi completa, y se le considera desertor, ya que debía retornar al Vietnam.

—Y a todo esto, ¿qué ha respondido él en los interrogatorios a los que supongo le habrán sometido?

—Nada —respondió Ferguson categórico—. No habla, no ha dicho nada.

—Supongo que tendrá bien su lengua y cuerdas vocales, ¿no? —inquirió Jack observando al tal Paul Klofosky, cuya mirada estaba perdida.

—Sí, pero su trauma no parece estar en la boca —opinó el propio Danielson—. Está en la mente, parece tarado del cerebro.

—¿Un lavado? —preguntó Jack.

—Es casi seguro. Mis hombres no le dieron ningún golpe en la cabeza para que se comporte así.

—Parece ser que este hombre no es un desertor voluntario y si ha hecho algo no ha sido por iniciativa propia, sino actuando como un robot.

—Así parece —opinó el coronel—. Si lo entregamos a las autoridades militares será juzgado de inmediato y, dado su estado,

internado en un hospital psiquiátrico militar. Créame que allí no faltan reclusos que no pueden resistir la tensión del frente de guerra.

—En ese caso, me encargaré yo de él. Será el punto de partida para mis investigaciones.

—¿Eso quiere decir que puedo contar con usted, pese al trato no demasiado académico que le han dado los hombres de Ferguson?

—Sí, gobernador. Además, quiero vivir la experiencia de estar socialmente muerto durante un tiempo. Supongo que luego podré resucitar diciendo que me perdí por el desierto de Nevada y que debido a un golpe sufrí un período de amnesia.

—Será una buena publicidad para usted —opinó Edna—. Yo me encargaré de apoyarle.

—Gracias. No es tan fácil contar con un agente de publicidad tan espléndido.

—Todos mis colaboradores le ayudarán en lo que precise, Foster, pero no olvide que cuando haya de dar la cara, nadie va a ayudarle. Ahora, tome.

De encima del escritorio, Danielson tomó una documentación que entregó a Foster. Éste vio en ella su nueva identidad, con fotografía inclusive.

—De modo que me llamaré Steve O'Connor, súbdito inglés, periodista político.

—Que escribe artículos firmados con pseudónimo, un pseudónimo que no debe declarar. Ello le dará una áurea la de misterio que no le irá mal para ganarse amistades en la alta sociedad washingtoniana.

—Bien y en según qué casos, ya que soy algo popular, procuraré caracterizarme.

—Se lo agradecería. Frente a usted tendrá enemigos difíciles, dispuestos a todo y con elementos de investigación bastante amplios.

—Lo tendré en cuenta.

—Ah, se me olvidaba. Aquí tiene un talonario de cheques. En el Yankee-England Bank he ingresado a su nombre medio millón de dólares. Para la investigación, gaste cuanto quiera tirando de este talonario pero cuando la investigación termine, todo lo que le

quede en la cuenta serán sus honorarios.

—Diablos, es una buena paga pero ¿no teme que me quede con el medio millón y abandone el caso? —preguntó buscando la reacción del gobernador.

—No, confío plenamente en usted, Foster. Sé que no es capaz de cometer una acción así cuando el propio Edgar Hoover, director del FBI, habla bien de usted.

—Gracias por la confianza, gobernador; no le defraudaré —dijo guardándose el talonario de cheques.

—Bien. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Marcharme de esta casa. Para ello, necesito que me presten un automóvil. Cuando tenga alojamiento y coche propio, que no tardaré en adquirir de segunda mano, le telefonearé diciéndole el lugar exacto donde he abandonado su coche para que lo recojan sus hombres.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Pues que me llevo a este hombre. —Señaló al terrorista.

—¿Alguien tiene algo que objetar? —preguntó a sus colaboradores.

—¿No será peligroso para usted? —inquirió Edna.

—Desde que le mordí un dedo a la nodriza que trataba de limpiarme las narices, he sabido guardarme solo y sigo vivo.

—Bien, Foster, entonces no hay más que hablar. En cuanto precise ayuda, llame a cualquiera de mis colaboradores, ellos se la prestarán.

—No lo dudo.

—Sterling —interpeló el gobernador— préstele uno de los coches, que no sea muy llamativo para que salga de la casa sin ser observado. Pueden estar vigilándola.

Tras saludar, el nuevo Steve

O'Connor

se alejó con su pista viviente, un herido de guerra con el cerebro lavado.

CAPÍTULO III

Jack Foster cerró la puerta de la habitación que había alquilado al sur de la ciudad, no lejos de la Avenida de la Independencia.

—¿Te gusta? —le preguntó a Paul.

El albino ni siquiera se molestó en mirar alrededor. Semejaba idiotizado y Jack pensó que lo mejor sería internarlo en un hospital, aunque dudaba que pudieran recuperarlo después de lo que habían hecho con su mente.

Lo acompañó por la habitación y le mostró el lavabo. Paul, sin decir nada, se quedó dentro del mismo.

—Bien. Te espero afuera mientras telefono a una amiga.

Cerró la puerta dejando a Paul en el lavabo. Era difícil adivinar lo que quería aquel sargento de Infantería de Marina, un experto tirador.

Jack se dejó caer en una de las dos camas que tenía aquella habitación, que si no era lujosa, sí resultaba cómoda.

Tomó el teléfono y marcó unos guarismos que se había encargado de fijar en su mente en la conserjería mientras pedía habitación.

Escuchó la señal de llamada al otro lado del hilo. Aguardó. Al fin, se oyó una ajada voz de hombre.

—Aquí el teatro Bernard.

—¿Está Lotty?

—¿De parte de quién?

—De un amigo.

—Tiene muchos amigos, lo siento.

El tipo del teatro iba a colgar cuando Foster le contuvo:

—Dígale de parte de Jacky.

—Un momento, ya veré.

Esperando tener suerte, Jack aguardó de nuevo hasta que escuchó una voz femenina con timbre seguro y al mismo tiempo

distante.

—¿Quién es usted?

—Jacky, ¿es que no te acuerdas de mí, preciosa?

—No trate de pasarse por quien no es. Jacky ha muerto. Lo he leído en todos los periódicos y revistas.

—Preciosa, no digas a nadie nada sobre mí. Es un secreto de estado, pero por necesidades de mi trabajo tengo que revelarlo a una mujer y en ello me va el cuello.

La mujer pareció dudar breves instantes durante los cuales Jack esperó paciente.

—¿Dónde está? —preguntó sin apearle el tratamiento de usted, todavía recelosa. A través del teléfono, cualquiera podía cambiar de identidad.

—Estoy en la habitación 222 del «National Hotel», en la calle Séptima. Te espero, a menos que tengas que actuar inmediatamente.

—Está bien, ahora mismo voy para allá en un taxi —aceptó la fémina. Apenas había colgado el auricular cuando escuchó un ruido de cristales rotos.

Saltó de la cama corriendo hacia el lavabo y se encontró con la puerta cerrada por dentro.

—¡Paul abre, vamos, abre!

Al no ceder, Jack no perdió tiempo y abalanzó todo su cuerpo contra la madera cargándose el pestillo.

Como que Paul estaba colocado tras ella, salió despedido hacia la pared frontal del cuarto de aseo, escapándosele lo que tenía en las manos y que no era otra cosa que un pedazo del espejo que el albino haría roto poco antes.

Las miradas de ambos hombres se cruzaron. La de Jack Foster segura, acerada, resultaba inquisitiva en aquellos instantes. La de Paul Klofosky revelaba miedo, terror.

Con avidez propia del drogadicto que busca el estupefaciente con mano temblorosa, el albino tomó otro pedazo de vidrio cuando Jack descubrió su muñeca ensangrentada.

Un certero puntapié en la mano del albino hizo saltar el segundo cristal antes de que Klofosky cometiera la barbaridad.

—¿Por qué? —le gritó.

¡He fracasado! —jadeó histérico, sudando profusamente y

hablando por primera vez desde su captura—. ¡Tenía que matar al gobernador, ahora me matarán a mí!

—¿Y qué pretendes, suicidarte? ¡Estúpido! ¿No comprendes que suicidarte por miedo a morir es la mayor idiotez que puede cometer un ser humano? ¡Eso no lo hacen ni los animales!

Pero Paul Klofosky, con la razón descentrada, persistió en su intento de suicidio.

Como que Jack se lo impedía, asíó un pedazo grande del espejo y atacó a Foster como lo hiciera en el frente de Vietnam. Jack comprendió que no podía andarse por las ramas o aquel sargento lo degollaría como a un pato. Luego, se mataría él mismo o acabaría huyendo y ahora que tenía una cuenta de medio millón de dólares, no podía desperdiciarla muriéndose.

El ataque del albino fue desesperado y la defensa de Jack fría, calculada.

Con dos suaves golpes de karate para no dañar excesivamente al sargento, lo desarmó y por último, un bien dirigido gancho al mentón lo noqueó sumiéndolo en un sueño nada dulce.

Recogió a Paul del suelo y lo llevó a su cama, tendiéndolo en ella.

Cerró el lavabo, aunque la puerta ya no encajaba bien después de forzarla y se dijo que más tarde habría de llamar a algún empleado del hotel para que recogiera los cristales.

Jack había elegido aquel hotel porque conocía sus pocos escrúpulos. Una buena propina conseguía que no preguntaran demasiado.

Extrajo un cigarrillo y lo encendió pensativo, con parsimonia. Sin apartar la vista de su prisionero, se sentó en una butaca.

—Me parece que tendré problemas con él —pensó mientras saboreaba el tabaco. No tardó en escuchar una llamada en la puerta.

Acudió a abrirla, pero teniendo buen cuidado de no quedar en posición falsa caso de recibir una visita desagradable.

—¡Jacky!

—Hola, Lotty, pasa.

Foster se hizo a un lado para que entrara aquella mujer hermosa aunque ya madura, de labios muy pinta dos y ojos grandes, inmensos, más de lo corriente. Ella con pinturas y cosméticos

adecuados, acentuaba aún más la dimensión de sus bellos ojos.

La fémina cubría parte de su pelo con un ligero turbante blanco sobre el cual había un camafeo con un escorpión tallado, de aspecto tan agresivo como los ojos de su propietaria.

Antes de cerrar la puerta de nuevo, escrutó el pasillo asegurándose de que no había nadie en él.

—Jacky, ¿por qué tanto secreto? ¿Qué ocurre, estás en dificultades?

—Bueno, yo siempre estoy en dificultades, ya lo sabes. Si no es con faldas, es con dinero.

—Me temo que esta vez es peor —opinó Lotty.

—No hagas demasiadas preguntas, preciosa. En este asunto cuanto menos se sabe, mejor.

—¿Por qué se ha publicado tu muerte si estás vivo? Supongo que tú no eres otro.

—Compruébalo —pidió irónico. Ella se le acercó suavemente.

Cruzó sus brazos que semejaban carecer de articulaciones óseas, pues se doblaban como el cuerpo de una serpiente, y ciñó el cuello del hombre.

Se elevó sobre las puntas de sus pies, debido a la altura de él, y le besó.

—Seguro que tú eres Jacky, mi pequeño Jacky —dijo al concluir la caricia.

—¿Qué tal sigue mi bella Lotty, la hipnotizadora más poderosa del globo, la médium más cotizada de los Estados Unidos? ¿Cómo va tu serie de artículos para las revistas astrológicas?

—Muy bien. Ya me he comprado un chalet con embarcadero propio en Florida, un chalet del que puedes disponer cuánto gustes.

—Muchas gracias. Lo tendré en cuenta cuando me tome unas vacaciones.

—Avísame para ir volando a tu lado. Serán unos días inolvidables.

—Lotty, eres la de siempre. Hermosa, cautivadora, triunfante.

—Y tú también. Rebelde, metido en líos y haciéndote amar por las tontas como yo que no sabemos resistirte.

—Tú no me amas, Lotty.

Ella parpadeó, asombrada por lo que acababa de oír.

—¡Si estoy loca por tus huesos, Jacky, mi pequeño Jacky! —

exclamó sin dejar de acariciarle la nuca.

—Lo que sucede es que conmigo te sientes fracasada.

—¡Tonto! —dijo con un ronroneo suave, más propio de una felina.

—Soy el único que ha resistido a tus ojos, que no se ha dejado hipnotizar por ti como un simio delante de una pitón.

—La verdad es que me gustaría hipnotizarte y de este modo no te me podrías escapar, hombre de acero, que por sangre llevas en las venas aguas de glaciár.

—En otros momentos no has opinado lo mismo.

—Pero, tan pocas veces he podido expresar esa opinión. Jack carraspeó sacándola suavemente de encima.

—Te he llamado porque necesito tu ayuda.

—Vaya, debí figurarme que no era por mí. ¿Es por ese sujeto que duerme en la cama?

—Sí.

—¿Tu amigo?

—Precisamente amigo, no. Hace un momento ha roto el espejo del lavabo. Ha intentado suicidarse cortándose las venas.

—Y tú se lo has impedido, claro, para que siga vegetando en este cochino mundo donde pululan tipos como tú que hacen la vida imposible a las mujeres como yo.

—Vamos, vamos, Lotty, no lloriquees. Poco antes de que tú llegaras, ha intentado liquidarme.

—Pero, no ha tenido suerte. Se ha tropezado con granito, lo mismo que yo —dijo irónicamente desengañada—. Veamos que le sucede a este albino —objetó acercándosele.

—Le han lavado el cerebro.

—No me digas que ahora te has metido en líos de espionaje.

—No, sólo se trata de que alguien le ha gastado una broma a este sujeto y yo intento averiguar quién ha sido. Para ello necesito una pista que me diga algo. No quiere hablar y cuando está despierto, tiene mirada da idiota.

Ella le levantó el párpado y miró el globo ocular que aparecía blanco, denotando que estaba dormido todavía a consecuencia del puñetazo encajado en el mentón.

—Y tú pretendes que le hipnotice a ver si así suelta prenda.

—Exacto.

—¿Y no puedes decirme tú a mí cómo ha caído en tus manos?

—¿Qué importa eso? Sólo puedo decirte que es un desertor del ejército, un sargento que fue herido en Vietnam en una pierna y se escapó hace poco del hospital de San Diego donde convalecía.

—Por lo visto no acabaron de convencerle los ojos oblicuos a tu pupilo. En fin, haré lo que pueda, pero no te garantizo nada. Hay lavados de cerebro que dejan los sesos como si los hubieran macerado con vitriolo.

—Creo que con éste no han llegado a tanto. Ha hablado de modo coherente antes, cuando pretendía suicidarse.

—¿Y qué ha dicho?

—Sólo que había fracasado y debía morir —explicó Jack omitiendo lo referente al gobernador.

—Bien, veremos qué se puede hacer con él. Trataré de hipnotizarle, pero ya te lo he dicho, no te garantizo nada y menos si han empleado con él métodos electrónicos en vez de los habituales.

—¿Lo despierto?

—Sí, será mejor. Yo prepararé esto un poco.

Lotty colocó una pequeña pero potente linterna sobre la mesita, de cara a la butaca que puso frente a la cama.

Encendió la linterna mientras Jack refrescaba la cara del albino. Luego, abrió por la mitad un medallón que llevaba colgado del cuello.

La parte interior del medallón estaba llena de pequeños brillantes, colocados de forma que pudieran reflejar la luz en una dirección.

Al despertar, Paul Klofosky movió la cabeza de un lado a otro, perplejo, mas no dijo nada.

—Siéntalo en la cama.

Jack acomodó al albino sobre el lecho. Lotty siguió ordenando:

—Apaga la luz de la habitación.

Jack obedeció, haciendo de ayudante en aquella sesión de hipnotismo.

Lotty se dio perfecta cuenta de que el albino no era un simulador. Tenía la mirada más que distraída, perdida.

En silencio, Jack Foster permaneció atento a cuánto hacia Lotty y al modo de reaccionar de Paul.

El medallón, colgado ahora de la mano femenina, comenzó a

oscilar como un péndulo de reloj, de forma calculada y matemática.

Cada vez que pasaba por delante del uniforme cono de luz que despedía la linterna, los brillantes centelleaban frente a los ojos del albino que si bien en principio no reaccionó, terminó por parpadear y seguir el movimiento del medallón, cerrando los ojos automáticamente cada vez que los brillantes recibían el impacto del cono de luz.

Cuando Lotty creyó que ya lo tenía hipnotizado, *sir* dejar de balancear el medallón, preguntó:

—¿Cómo te llamas, cómo te llamas? Somos tus amigos. Quiero saber cómo te llamas.

Tuvo que insistir largo rato, pero Lotty era una mujer paciente. Jack creía que no iba a conseguirse ya ningún resultado cuando Paul movió los labios para responder.

—Me llamo Paul, Paul, Paul —repitió más de diez veces.

Jack sonrió, pero Lotty no. Ella continuaba abstraída en su labor de sonsacar el máximo posible de palabras coherentes de aquel cerebro ya tarado por un violento lavado, al parecer.

—Bien, Paul, nosotros somos tus amigos y te queremos ayudar, ¿comprendes?

—Sí, son mis amigos, son mis amigos —repitió mientras sus pupilas, algo dilatadas, seguían el medallón pese a la escasa luz ambiental.

—¿Qué quieres que le pregunte ahora?

—El nombre de quién lo secuestró.

—De acuerdo, pero quizá ni él mismo lo sepa.

—Inténtalo, Lotty.

—Voy a probarlo.

En aquel instante se entreabrió sigilosamente la puerta de entrada. Ni Lotty ni Jack se percataron de ello, absortos en la cara de Paul Klofosky.

La puerta se abrió lo suficiente para aparecer un rostro duro, helado, un rostro sin piedad que cubría parte de su frente con un sombrero de fieltro oscuro.

La mano blanca, no acostumbrada a la luz del sol ni al trabajo rudo, destacó armada con una larga pistola con silenciador acopiado que tomó la posición horizontal.

Jack, instintivamente, giró su cabeza y vio la pistola. Pero ya era

demasiado tarde.

Un fogonazo surgió por la boca negra del cañón y el estampido silenciado pareció más festivo que trágico.

—¡Cuidado! —gritó Jack al tiempo que se lanzaba como una catapulta sobre la puerta, empujando la hoja de madera contra el marco.

Escuchó un grito de dolor, contenido a duras penas.

La mano armada del asesino había sido aprisionada, entre el ángulo cortante de la jamba y la puerta. La pistola cayó al suelo y Jack tiró violentamente de la mano, lanzando al interior de la habitación al extraño visitante.

Aquel tipo cayó encima de Paul Klofosky, despertándolo de su sueño hipnótico. El sargento abrió los ojos desmesuradamente y rugió:

—Tengo que matar, tengo que matar, tengo que matar, tengo que matar...

Con la rapidez del rayo, antes de que Jack pudiera intervenir, asió la lamparita que había sobre la mesita de noche y que tenía una triple pata de puntas finas.

Golpeó con saña la cabeza del visitante una y otra vez, inmerso en la locura provocada por quienes le habían convertido en una máquina de matar.

Jack quiso arrebatárle su presa, ya ensangrentada pero no lo consiguió. Paul era una máquina de golpear y Jack tuvo que asestarle un golpe de karate en la nuca. El albino se retorció como un muñeco.

—Era la única forma.

Cuando Jack se volvió hacia Lotty, la vio inclinada sobre sí. En el centro de la espalda mostraba un mortífero orificio.

—¡Lotty! —interpeló.

La inclinó hacia atrás, pero la hermosa médium ya no actuaría jamás ante un público ni en privado. La bala asesina había cumplido su objetivo plenamente.

—Te juro, Lotty, que quienes están detrás del asesino lo pagarán caro, muy caro.

Jack estaba contrariado consigo mismo. Se sentía responsable de la muerte de Lotty, aunque ya era tarde para lamentarse.

Se volvió hacia el homicida.

Yacía en el suelo, junto a la alfombra, con la cabeza ensangrentada.

Lo puso boca arriba y comprobó que, en su locura, Paul le había dado muerte de modo fulminante.

Cerró la puerta para no ser sorprendido en medio de aquella trágica escena y observó su rostro con atención. Se dijo que no lo había visto jamás.

Procedió a averiguar su identidad registrando sus bolsillos. Halló pocas cosas en ellos: Una navaja, cigarrillos, cerillas, una cartera con billetes que no pasarían de cien dólares y una documentación que bien podía ser falsa.

—Arnold Benini Dawman, americano, raza blanca, edad treinta y cinco años, sin residencia fija. —Jack agregó—: Ascendencia italiana, profesión sicario. ¿Pertenería a la Mafia? No, no creo. Será un asesino contratado por alguien que no quería que Paul hablara. Pero, todavía lo tengo vivo y debo conservarlo así hasta que consiga hacerlo hablar.

Se fijó entonces en el sobre de fósforos, Cat Club, rezaba. Lo guardó en su bolsillo y procedió a limpiar las posibles huellas que habían podido dejar lo mismo Paul que él.

Borró las huellas de modo científico, buscando todos los lugares donde un policía solía buscar, no en vano había pertenecido al FBI.

Limpió las manos de Paul y dejó la lamparita entre los dedos de Lotty por unos instantes para que quedaran grabadas sus huellas. Luego, arrojó la lámpara al suelo. No podía dejarse coger y por su amiga Lotty ya nada había que hacer.

Minutos más tarde, cargándose a Paul a la espalda, abandonó el hotel por la escalerilla de incendios.

Urgía hallar otro escondite. Quienes les seguían no conocían la piedad, sólo el silenciamiento por la vía rápida de los que podían entorpecer sus planes.

CAPÍTULO IV

Edna Wood miró su pequeño, casi microscópico reloj de pulsera, cubierto por un zafiro plano. Esbozó un gesto de nerviosismo. Edna era una mujer muy puntual y no le agradaba que la hicieran esperar aunque todavía no podía quejarse. Faltaban unos segundos para la hora firmada en la cita.

Un «Mercury» descapotable bicolor se apartó del centro de la calzada y frenó junto al bordillo donde reposaban los pies intrínsecamente femeninos de la publicista.

—¿Subes, muñeca?

Edna observó al hombre. Parecía un nórdico europeo o un escocés, con su bien recortada barba pelirroja al igual que su cabello enmarañado y abundante.

Los ojos estaban cubiertos por unas gafas de cristales redondos y muy grandes, tan oscuros que era difícil, por no decir imposible, ver los ojos que se ocultaban tras ellos.

Edna lanzó una mirada de reojo al recién llegado cuando las primeras luces de Washington se encendían; la noche se acercaba segundo a segundo.

Aquel hombre pareció a Edna muy varonil y atractivo, pero algo insolente y cínico por la forma de abordarla, confundiéndola quizá con lo que no era.

—Déjeme en paz. Espero a otro hombre.

—¿Se llama Jack Foster, por casualidad?

—¿Cómo lo sabe? —inquirió asombrada.

—Porque Jack Foster soy yo, muñeca.

Edna parpadeó asombrada, incrédula, sin dar crédito a sus ojos.

—No puede ser...

—¿Tan cambiado estoy? Vamos, sube —ordenó más que pidió abriendo la portezuela. Edna se acomodó en el coche como una autómatas. De ordinario era una mujer orgullosa y de difícil

supeditación, mas había algo en aquel hombre que la dominaba y ella no sabía cómo contrarrestar aquella fuerza que emanaba de Jack Foster.

—Parece increíble su transformación. El gobernador le ha pedido que se caracterizara algo, pero es usted un maestro en el mimetismo.

—Gracias por los elogios, aunque no ha sido difícil. Un traje bien cortado y un teñido casero. La cosmética está muy avanzada en nuestros días. Ah, por supuesto, la barba y el bigote no son auténticos, pero los uso para que no me reconozcan. Soy un hombre popular.

—Desde luego. Su fotografía, con la desintegración del bólido fabricado por la firma Merith, ha dado la vuelta al mundo.

—¿Insistes en el tratamiento de usted?

Ella sonrió mostrando sus dientes blancos e iguales.

—Todavía no estoy segura de si eres Jack Foster o un impostor. Hay que ir con mucho tiento en este laberíntico mundo de la política.

—Sobre ese accidente tendré que hablar con Ferguson con más calma.

—¿Sobre la desintegración del bólido?

—Sí, pero ahora hablemos de algo más actual e interesante. En la guantera encontrarás varios periódicos.

—¿Te refieres a la noticia insertada en primera plana?

—Sí. ¿La conocías?

—Una jefe de publicidad de un candidato a la presidencia debe estar al corriente de todo y en todo momento.

—Bien, entonces supongo que podrás darme una explicación —pidió mientras circulaba por la Avenida de Rhode Island—. Si se consideró que debía mantenerse en el máximo secreto el atentado sufrido por el gobernador, ¿por qué lo han publicado en primera página?

—Admito que lo ignoro. Alguien ha dado la noticia por teléfono a la redacción del periódico de más tirada en la capital.

—¿Te has interesado por la identidad de ese soplón?

—Sí, pero no saben nada o no quieren decirlo. A veces, los periodistas son muy cautos velando la identidad de quienes les hacen ciertos favores, tales como llenar una primera página con una

noticia sensacional.

—Alguien ha conocido la captura de Paul Klofosky antes de que éste perpetrara el magnicidio, pero ¿quién?

—Lo mismo puede ser un colaborador del propio Danielson para ganarse unos miles de dólares vendiendo la noticia a la prensa que uno de los que lavaron el cerebro al infeliz sargento, convirtiéndolo en una máquina de matar.

—Opino que no ha sido ni uno ni otro.

—¿Por qué?

Tras su pregunta, Edna clavó la mirada en el perfil de Foster, recio y de facciones acusadas, viril cien por cien tanto al natural como en la caracterización.

—Si hubieran sido unos u otros, no hubieran cometido tantas erratas en la descripción. La prensa dice se trata de un tipo hispanoamericano o de ascendencia hispanoamericana, bajo y moreno y Paul Klofosky es todo lo contrario. Ni siquiera han sabido dar su nombre.

—Sí, tienes razón. Quizá ha sido alguien del hotel donde fue capturado Klofosky por Ferguson y sus muchachos.

—Quizá, pero también puede ser una treta.

—¿De quién?

—Lo ignoro, pero acabaré sabiéndolo. Este caso ya no es sólo un asunto político, también lo he tomado como una cuestión personal.

—¿Por qué?

—Si buscaras en el periódico, en la página negra, encontrarías que en un hotel de la calle Séptima se han hallado dos cadáveres.

—¿Dos? ¿Tienen algo que ver con el caso?

—Sí.

—¿Quiénes son?

—Uno, un asesino. Seguramente trabajaba para el mismo hombre que lavó el cerebro a Klofosky y el otro, es una mujer.

—¿Una mujer? ¿De quién se trata?

—Era una hipnotizadora mundialmente famosa, gran amiga mía. Le pedí que viniera a verme y lo que hice fue provocar su muerte, pues por lo visto esos tipos me han seguido y pretendían silenciar a Klofosky.

Jack relató detalladamente lo sucedido la noche anterior.

—Dios mío, que horror, cuánto lo siento por esa pobre mujer.

Creo que he oído hablar de ella. ¿Era joven?

—Sí, y muy hermosa.

—¿La amabas?

—Yo amo todo lo bello.

—Una respuesta muy evasiva, pero quizá puedas decirme si ella te amaba a ti.

—Siempre he ignorado lo que puede bullir dentro de una cabeza femenina, pero creo que para Lotty yo era un caso interesante. Era el único hombre al que no había podido hipnotizar y por tanto, dominar.

—Entonces, he de pensar que te amaba.

—Es posible. —Hizo una pausa, viró por la calle Quinta y prosiguió—: Alguien pagará muy cara su muerte, lo he jurado sobre su cadáver.

—Es lamentable todo este asunto y odioso que exista una jauría de hombres fríos dispuestos al crimen para obtener fines políticos. ¿Ha investigado a Childson?

—No, y tampoco a Laramy o Boogner. Sería como caer en paracaídas en el centro de un laberinto. Perdería el tiempo tontamente. Prefiero seguir una pista y con paso seguro. De momento, sé que ellos están tras la pista de Paul. Saben que puede hablar.

—¿Y tú conseguirás que confiese?

—Es posible, pero tendré mucho cuidado. Después de lo ocurrido a Lotty, no quiero involucrar a nadie en este caso que pueda salir perjudicado hasta perder la vida. Sin embargo, creo que podré conseguir algo. Paul no es un caso perdido totalmente.

—¿Dónde lo tienes ahora?

—En un lugar que no pienso revelar a nadie.

—¿Ni siquiera a mí?

—Lo siento, pero entregar una noticia a un jefe de publicidad que además es mujer, es como vocearlo al viento.

Edna se ofendió.

—Sé guardar un secreto, de lo contrario el gobernador no confiaría en mí. Me ha costado mucho estudiar en la Universidad y luego especializarme en publicidad para qué eche mi carrera por la borda como vulgarmente se dice.

—Lo que tú tienes que hacer es ponerte en contacto con

Ferguson y pedirle que investigue a Benini hasta el máximo.

—¿Benini es el asesino de Lotty que fue muerto por Klofosky?

—Sí. Oficialmente, la policía no debe saber nada. De momento no conviene que esto salga a la luz, pero me interesa que Ferguson me diga cuanto pueda averiguar respecto a Benini. Ya me he encargado de borrar las pistas que pudieran conducir a la policía hacia Paul o hacia mí.

—¿Hay algo concreto que quieras conocer?

—Si Benini tiene algo que ver con alguno de los otros candidatos a la presidencia, aunque lo cierto es que no está demostrado que haya sido uno de ellos. También cabe la posibilidad de una venganza personal hacia la persona del gobernador que nada tenga que ver con su carrera política.

—Haré lo que dices, pero ¿por qué no se lo preguntas tú personalmente?

—Porque no quiero que nadie siga mis pasos. No me fío de nadie después de lo de Lotty. La próxima víctima puede ser Paul o yo mismo, y esos tipos van a matar. En adelante, tú serás mi contacto. A través de ti me pondré en comunicación con el gobernador y sus colaboradores y de este modo actuaré con más libertad.

—¿Y por qué me has elegido a mí?

—Por dos motivos.

—¿A saber?

—Que como jefe de publicidad del equipo del gobernador, estarás enterada de todo y en cualquier momento podrás informarme de lo que me interese.

—¿Y el segundo motivo?

—Pues que prefiero tener al lado unas piernas bonitas como las tuyas —dijo observando las bien torneadas extremidades de Edna, unas piernas de piel tostada por el sol que podían verse generosamente gracias a la minifalda.

En un movimiento instintivo, la mujer trató de cubrirse algo más los muslos tirando de la falda, pero la tela no dio más de sí.

—Bien, ¿adónde me llevas ahora? —preguntó algo más seria.

—Al Cat Club.

—Lo siento, Jack, pero no puedo perder el tiempo en diversiones —cortó tratando de evadirse a la atracción que aquel hombre

ejercía sobre ella, una atracción que Edna jamás había experimentado con anterioridad y que ni siquiera había pensado pudiera sentir.

Inmersa en su carrera, en su profesión, se había mantenido distante de hombres y amoríos, lo que consideraba una soberana tontería sólo propia de mujeres desocupadas. Sin embargo, ahora se veía obligada a esforzarse para no sentirse paloma en las garras del halcón.

—Es que no vas a perder el tiempo, Edna, vas a trabajar.

—¿A trabajar?

—El gobernador me dijo que podía pedir ayuda a cualquiera de sus colaboradores y tú eres un miembro de su equipo.

—¿Y qué tengo que hacer en el Cat Club? —preguntó ella cruzándose de brazos en actitud expectante.

—Ayudarme. Quizá allí haya alguien que puedas reconocer y si es así, ese alguien me interesa mucho.

Y Jack Foster pisó más a fondo el acelerador del «Mercury» bicolor para llegar cuanto antes al Cat Club.

El Cat *Night Club* resultó un local caro, con cierta elegancia, pero deambulaban por él ciertos rostros que no eran de fiar.

En la barra se acomodaban las chicas-gancho habituales en locales del género. En aquellos momentos no había muchos clientes y las miradas femeninas buscaban lánguidas al hombre alrededor del cual mariposear.

—¿Solos? —preguntó el empleado que les recibió.

—Sí —asintió Jack—. Una mesa que no sea demasiado visible.

—Comprendo, señor. Síganme.

Edna miró recelosa a Jack, quien parecía muy a gusto con aquella barba postiza que le daba un aire salvaje.

La mesa convenció a Foster. Desde allí podía verse bien la pista de baile y el pequeño escenario para *show* donde dos jóvenes mulatas, con sorprendente cabello rubio y al parecer gemelas, se contorsionaban bailando lentamente al ritmo de tres bongos palmeados con pericia.

—Luego podemos dar algunas vueltas en la pista.

—Me parece que eres un cínico que busca pretextos para salirse con la suya. Jack la miró y sonrió irónico.

—Pero ¿has creído que de veras me interesas?

Aquellas palabras fueron como un latigazo para el orgullo femenino.

La mujer se puso en pie como accionada por un resorte oculto en la silla. El hombre la cogió por el brazo obligándola a sentar de nuevo.

—Vamos, vamos, hemos de tratarnos como compañeros de trabajo, nada más. Así no habrá tonterías ni recelos.

La mirada de Edna fue como el sable de un oficial de Caballería lanzado al ataque. De tener consistencia su mirada, hubiera atravesado, a Jack de parte a parte.

—Está bien, como compañeros de trabajo. Es lo que debe ser y lo que yo he pretendido en todo momento. Jack Foster no se molestó en disimular una sonrisa.

Sabía que había ofendido a la mujer y lo había hecho expreso. Estaba demasiado segura de sí y aquello no era bueno para una mujer frente al hombre. De este modo, rompía la fría indiferencia, que siempre era mil veces peor a un pequeño odio.

—No conozco a los hombres de los tres candidatos a la presidencia, me refiero a los componentes de sus respectivos equipos, pero tú sí debes conocerlos, ¿verdad?

—Es mi obligación.

—Bien, pues date un vistazo. Agudiza tus ojos y dime si ves a alguno de ellos.

—¿Por qué sospechas que puede estar aquí alguno de ellos? —preguntó con tono frío, distante.

De no estar tan civilizada por su paso por la Universidad, Edna Wood habría arañado gustosamente el rostro del detective.

Tras breves instantes de observación, Edna dijo:

—Junto a la pista hay un hombre conocido.

—¿Sí? Si puedes identificarlo, mejor.

—Se llama Emil H. Cooper. Pertenece al grupo de publicidad del senador Childson.

—Bien. Parece que todo apunta a Childson.

—Según los sondeos oficiosos de la opinión pública, él es quien tiene un tanto por ciento más elevado de votos.

—Y Danielson quizá sea su más directo rival. Sin embargo parece un poco estúpido que un personaje tan importante como Childson actúe de forma tan execrable.

—¿Cigarrillos, señor? —ofreció una de las chicas que vestía un ajustado maillot y mostraba sus piernas mientras sostenía una bandeja con artículos para fumar y bombones.

—Sí, deme un paquete.

—Escójalo usted mismo, señor.

—¿Quieres bombones?

—No, gracias —respondió seca, todavía resentida contra el hombre al que, sin embargo, no cesaba de observar de reojo.

Edna había odiado a los hombres que trataran de imponérsele pero siempre había acabado dominándolos, y eso mismo esperaba hacer con el cínico Jack Foster.

—¿Cuánto te debo, preciosa?

—Un dólar veinticinco.

—¿Quieres cobrar veinte? —Un billete de veinte dólares quedó sobre las cajetillas de tabaco.

—¿Por qué, señor? —inquirió con un aire de ingenuidad que no le iba.

—Busco a un amigo. Me han dicho que lo encontraría aquí.

—¿Cuál es su nombre? Si es cliente habitual, quizá lo conozca.

—Benini, Arnold Benini.

La chica esbozó una mueca de disgusto.

—No sé, no recuerdo.

—En ese caso, me guardo los veinte dólares.

La vendedora de tabaco se apresure en coger el billete y guardarlo en el interior de su escote, donde debía llevar mucho dinero o la madre Naturaleza había sido muy pródiga con ella.

—Sí, Arnold Benini viene por aquí, pero esta noche no lo he visto. Cuando le vea ya se lo diré.

El cortó las palabras de la chica pidiendo:

—Quiero que me digas con quién está Benini casi siempre, me refiero a algún amigo.

—No sé...

—Todavía no te has ganado los veinte dólares, monada —advirtió irónico, reteniéndola por la muñeca, pues la chica intentaba huir.

—Lindon era su amigo íntimo.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En el mostrador. Lo reconocerá fácilmente, tiene el labio

superior partido, un recuerdo de la infancia.

Tras aquella explicación, la muchacha, que se sentía comprometida, se alejó con rapidez.

—¿Algo interesante? —preguntó Edna tomando uno de los cigarrillos que asomaron por el paquete recién adquirido y que Jack había abierto mecánicamente.

—Puede ser. Aguárdame aquí. Tengo que ir a ver a ese Lindon. Si se organiza bronca, lárgate. Coge mi coche, ya sabes dónde está aparcado, y márchate.

—Y Paul Klofosky, ¿dónde está? Lo digo por si te parten la cabeza.

—Confío que no seas pitonisa. En cuanto a Paul, está en el 333 de la calle 18.

—¿Es un hotel?

—No, es una cosa de chicas. Clotilde, la propietaria, es gran amiga mía y me ha hecho el favor de cedermé una habitación.

Edna se sonrojo hasta las orejas.

—No tienes unas amistades muy recomendables, precisamente.

—Cuestión de uniones. Yo me fío de Clotilde y quizá no pueda fiarme de algunos candidatos a la presidencia de los Estados Unidos y sus colaboradores.

—¡El partido de Childson es distinto al de Gerard Danielson y si insinúas que todos los que estamos metidos en política somos unos...!

—Calma, Edna, calma. Si continuas gesticulando de esa forma te vas a envejecer muy pronto y a mí no me gustan las arrugas en las mujeres.

Una vez más, Edna fulminó con la mirada a Jack que se había puesto en pie, pero la cara del hombre semejaba hecha de diamante, porque las miradas de la fémina no le afectaban lo más mínimo.

Edna aplastó nerviosamente el pitillo en el cenicero cuando Jack se dirigió a la barra mostrador.

Edna, que había estropeado su cigarrillo nada más comenzarlo, lamentó haberlo hecho, pues ahora lo necesitaba para calmar sus nervios, y más cuando observó las miradas y gestos que dirigían las chicas al alto pelirrojo que atraía su atención sin proponérselo, pues todo en él era naturalidad.

Jack pudo reconocer inmediatamente al tal Lindon.

Estaba al final de la barra y tenía enlazada por el talle a una muchacha del club que vestía un traje rojo muy llamativo, más que por el color por la escasez de tela.

—Hola, Lindon —saludó colocándose a su lado.

Aquel sujeto parecía de la misma catadura que el que asesinara a Lotty la noche anterior.

—¿Qué quiere, amigo? No le conozco de nada —gruñó hostil, quizá por ser molestado cuando parecía pasarlo bien con su pareja o perché no reconoció al rostro que tenía delante.

—Vengo a hablarle de un amigo común.

—Lindon, acaba con él o tendré que buscar nueva pareja —ronroneó la chica de rojo.

—Pues ya puedes buscártela, nena —objetó Foster—. Este muchachito tiene charla conmigo para rato.

—Oiga, ¿quién se ha creído que es, mi padre?

—No, sólo que conocí a un tipo llamado Benini.

Lindon palideció y trató de huir, pero se encontró con un disimulado puñetazo en el vientre que dejó su rostro más blanco que la cera mientras buscaba aliento.

La chica lo miró. Observó luego a Jack y dijo:

—Sí, será mejor que me largue.

Cuando recobró la respiración, Lindon gruñó:

—Esto me lo pagará.

—Quieto, Lindon —ordenó una voz tras Jack Foster, obligando a éste a girarse.

Foster vio esta vez a un tipo más elegante, cuidado, y de sonrisa mucho más fría y calculadora que la de Lindon.

Aquel tipo era más de temer. En el seno de su madre ya debió perder la conciencia.

—¿Acaso usted también es amigo de Benini? —inquirió Jack.

—Sí, y de otros muchos como Lindon.

Lindon, al ver a aquel hombre que por la forma de dar órdenes parecía su jefe, se contuvo y esperó sus decisiones, entre las que no entraba armar un escándalo en el local.

—En ese caso, hablaré con usted aunque no sepa su nombre.

—No importa que lo sepa. Todos me llaman El Chato.

—Pues no le falta nariz —opinó Jack, ya que aquel tipo tenía

una nariz regular.

Siempre sonriendo, aquel hombre respondió:

—No, si no es por mí. Es que cuando me metieron en el reformatorio dejé chato a un celador de un silletazo y desde entonces me llaman a mí El Chato. Es irónico, pero cierto.

—Bien, espero que no tengan que llamarle chato por su propio apéndice nasal.

—Es usted un ingenuo, amigo. Quien quiere hablar soy yo con usted y no usted conmigo.

—¿Ah, así que han cambiado las tornas? —inquirió Foster—. Pues ándese con cuidado. Su amigo Lindon ya ha probado cómo golpea mi puño.

El tal Chato suspiró paciente.

—Mozo, sírvale a nuestro amigo un *whisky* triple.

—¿Tendré que tomármelo? —preguntó Foster burlón.

—Seguro.

—¿Va a obligarme?

—Sí, y además le pondré una pastillita dentro que le calmará los ánimos.

Foster sospechó algo malo y rápidamente miró hacia la mesa que antes había ocupado.

Edna ya no estaba.

—¿Dónde está la chica, qué han hecho con ella?

—Veo que no es tan tonto como parecía. ¿Verdad que se tomará el *whisky*? —preguntó sarcástico El Chato.

—¿Dónde está ella? —inquirió cogiéndolo por las solapas y casi elevándolo en el aire.

—Quíteme las manos de encima o será ella quien pague.

Jack respiró hondo y soltó la chaqueta de aquel individuo mientras Lindon comenzaba a sonreír.

—Está bien. ¿Cuál es el trato?

—Si tomas el *whisky* con la pastilla y eres buen chico, ella será metida dentro de un taxi con algo de alcohol en el estómago. Sabemos su dirección, Edna Wood es muy conocida.

—¿Y mañana? Ella puede hablar.

—No recordará nada claramente, también le daremos una pequeña dosis de droga. Su mente quedará confusa. Es la única forma de salvar su vida. Si recordara algo sería lamentable. Tan

joven, tan hermosa...

—¿Y qué pasará conmigo?

—Eso no depende de mí. Tómate el *whisky* y no seas tonto. Aunque armaras ahora una bronca, no encontrarías a tu chica y ella lo lamentaría.

El Chato miró el triple *whisky* que habían puesto sobre la barra y, sonriente, dejó caer una píldora en su interior que se disolvió con rapidez.

—Está bien, venga ese *whisky*, pero recuérdalo, Chato. Si salgo de ésta, tú te tragarás algo que va a costarte de digerir más que a mí esto que tú has metido ahí dentro.

Tomando el vaso, bebió de un solo trago.

Poco después, el club comenzaba a girar a su alrededor como si fuera un Carrousel.

CAPÍTULO V

De súbito, Jack Foster sintió que tenía lengua y que ésta se hallaba seca como un estropajo.

Los oídos le zumbaban y la cabeza le dolió como si le hubieran encasquetado un casco escaso de medida interior a base de martillazos.

—¿Dónde estoy, qué ocurre? —se preguntó *in mente* procurando saber lo que le había sucedido y dónde se hallaba.

Escuchó rumor de voces. Poco a poco, se fueron aclarando aunque no vio nada, salvo la oscuridad impenetrable que le rodeaba.

Alguien preguntó:

—¿Crees que Childson ganará?

—Seguro. Sólo Danielson podría arrebatarse los votos que necesita para llegar a la presidencia, porque es evidente que conseguirá los de su partido.

—Childson será el presidente y luego nosotros nos forraremos.

—Cuidado, ese tipo ha despertado.

Jack comprendió que se referían a él. Forcejeó para moverse pero todo fue inútil.

Se hallaba sólidamente sujeto a un sillón que parecía de acero y brazaletes de cuero rodeaban sus brazos, tobillos e incluso frente, manteniéndole inmóvil.

De pronto se encendió una luz y a Jack le pareció una puñalada en medio del cerebro, pues un potente foco (dentro del cual había cinco bombillas de doscientos vatios cada una) bombardeó su rostro.

—¡Apaguen esa luz! —gritó, pues incluso con los párpados cerrados le molestaba.

El potente haz de luz se encendió y apagó varias veces, hiriendo sus ojos. Luego, escuchó unos sonidos metálicos muy agudos e

intermitentes que se multiplicaron hasta que los tímpanos le dolieron.

—¡Suéltense, suéltense! —gritó forcejeando inútilmente con la silla que le sujetaba. De pronto, el foco se apagó para no volver a encenderse y los ruidos cesaron.

Jack respiró y agradeció la oscuridad y el silencio.

De pronto, ante él destacó la pantalla de un televisor. Alrededor de la misma todo era oscuridad y Jack no pudo ver qué había en torno a ella ni dónde se encontraba.

En la pantalla, bastante nítido, apareció el rostro de un oriental de ojos muy oblicuos que pareció dirigirse a Jack.

—Buenas noches, señor Foster. Usted me ve a mí a través de esta pantalla, pero yo puedo verlo a usted de igual forma y también oírlo.

—¿Quién es usted, qué quiere de mí?

—¿Quién soy? —Sonrió cínicamente—. Un humilde estudiante de la mente humana —dijo en perfecto inglés.

Jack observó aquel rostro chino, pues parecía más chino que japonés, y no le recordó nada.

—¿Qué pretende?

—He recibido un encargo muy importante, señor Foster, y debo cumplirlo. Por cierto, que su barba y bigote, lo mismo que su color de cabello, no nos han engañado.

—Quizá sí.

—Bueno, tengo que admitirlo. Su linda acompañante nos dijo quién era usted en realidad.

—¿Edna?

—Sí, pero no la juzgue mal. Lo reveló bajo los efectos de una droga que le administramos oportunamente. Luego, lo hemos corroborado arrancándole los peludos aditamentos.

—¿Qué han hecho con ella?

—Vamos, vamos, señor Foster, nosotros también tenemos palabra. Era usted a cambio de la vida de Edna Wood, ¿no recuerda que ése fue el pacto que hizo con uno de mis hombres?

—Sí, ya recuerdo —respondió Jack maldiciendo su situación.

—Bien, ella no recordará mucho y usted tampoco cuando termine este juego.

—¿Qué clase de juego?

—Preparamos a un hombre, a un excelente tirador, para que eliminara al gobernador Danielson, pero no salió bien. Lo capturaron.

—¿Ustedes son los magnicidas?

—Todavía no hemos asesinado a nadie —recordó el oriental seguro de su poder.

—Pero lo están intentando.

—Es cierto. Ya le he dicho que recibí el encargo de adiestrar a un hombre para que asesinara fríamente al gobernador Danielson y que luego, una vez detenido, no pudiera decir nada. Su mente debe estar vacía.

—Lavada.

—Sí, es una palabra más correcta. Cogerán a un asesino al que podrán juzgar y electrocutar sin que haya peligro para nadie.

—Mientras los verdaderos asesinos, usted y el que le paga por este sucio y repugnante trabajo de fabricar asesinos automatizados, se esconden en la sombra.

—Yo no encuentro tan repugnante este trabajo, señor.

Foster. Le aseguro que es divertido. Además, cuento con la colaboración de un eminente doctor en psiquiatría. El lava el cerebro y luego yo me encargo de fijar unas órdenes determinadas que el sujeto tratado no puede dejar de ejecutar, sean las que sean, inclusive la de suicidarse tras cometer el magnicidio. De este modo ya no hay problemas de, dase alguna. La opinión pública tiene un cadáver, una cabeza de turco cómo dicen los estimados europeos y la investigación se cierra.

—No se saldrán con la suya. Los planes más perfectos, cuando están fuera de la ley fracasan.

—Usted sabe que siempre no es así. Podría citarle otros magnicidios —advirtió irónico.

—Insisto en que fallan y lo prueba el fracaso de Paul Klofosky.

—Admito que no elegimos al sujeto idóneo para esta misión. Cojo, inseguro... En fin, todos podemos cometer errores, señor Foster, pero en mi país dicen que la principal virtud es la paciencia y yo la tengo, se lo garantizo. Llegaré hasta mi meta más tarde o más temprano y usted me ayudará grandemente a ello. Recuérdele bien, usted me ayudará y mucho.

—¿Yo? No conseguiré nada de mí.

—Se equivoca. Mentes muy rebeldes han terminado por ser anuladas. Ya le he dicho que este trabajo es cuestión de paciencia y yo la poseo en grado sumo. Usted será el verdugo perfecto. El gobernador Danielson no recelará de usted, le tiene gran confianza. Usted llegará hasta él y, a quemarropa, sin que nadie pueda impedirlo, lo ejecutará. Después, antes de que lo prendan, gritará: «¡Tenía que hacerlo, tenía que hacerlo!», y se pegará un tiro en la sien.

—¡No, no lo logrará!

—¿Qué le sucede, señor Foster, acaso se pone nervioso, duda ya de sí mismo?

—No dudo, estoy seguro de que no conseguiré convertirme en un asesino y se lo demostraré cuando usted fracase.

—Yo no fracasaré, señor Foster, y usted lo sabe. El arte de lavar un cerebro y dejarlo condicionado para lo que luego se pretende de él, no es nuevo. Ya se practicaba en la India por los adoradores de la diosa Kali y también en otros lugares. Podría citarles muchos, pero hablando de nuestros contemporáneos, al final de la segunda guerra mundial se practicó con mucha asiduidad por los poderes llamados altamente civilizados. Posteriormente, también se hicieron algunas experiencias en Asia con los americanos capturados en Corea. En fin, la lista sería interminable. Han pasado ya muchos por ese trance de perder la personalidad y convertirse en una máquina viviente.

Aquel oriental que le hablaba a través de un televisor no le engañaba.

Foster sabía muy bien que todo aquello era posible. Durante su permanecía en el FBI investigando casos de espionaje, había sido testigo de tales lavados de cerebro. Luego, las víctimas se convertían en guiñapos que sólo podían vegetar en un hospital psiquiátrico hasta que Dios les enviara la muerte física, ya que la muerte mental les había llegado en el instante en que les lavaran el cerebro, anulándolos como seres humanos.

—Pagaré en la silla eléctrica sus crímenes! —rugió Foster sabiendo de antemano que el oriental iba a reírse de él.

—Buena suerte, señor Foster, su tratamiento va a comenzar. Está usted en condiciones óptimas. Sé que tardará algún tiempo, pero siguiendo las directrices de mi colaborador el eminente psiquiatra, usted se convertirá en el asesino de quien le ha contratado para

protegerse a sí mismo.

—¡Eh, espere!

—¿Qué sucede, señor Foster, tiene que hacerme alguna pregunta antes de empezar a dejar de pensar por sí mismo?

—¿Cómo sabe que el gobernador me ha contratado para protegerle?

—Alguien me lo ha contado, alguien en quien el gobernador Danielson confía pero eso, a usted ya no le importa. Buena suerte. Ah, por si le sirve de consuelo, cuando se suicide de un tiro no sentirá mucho dolor, ni siquiera se dará cuenta de lo que hace.

Sonriendo, el oriental desapareció del televisor al borrarse la imagen. Jack no tuvo tiempo de pensar en nada.

El potente foco que hiriera anteriormente su vista, se encendió y le obligó a cerrar los párpados. Sin embargo, la luz se veía a través de ellos, ya que le daba de frente y Jack no podría dormir en tal situación.

La luz se encendió con intermitencia y los sonidos extraños pero seguramente estudiados científicamente, comenzaron su maligna música hasta obligar a Jack a gritar para evitar caer en un mundo enigmático y vacío.

No, lucharía para impedir que su mente quedara primero en blanco y luego condicionada para el crimen.

A Jack le pareció que la luz se encendía y apagaba durante horas y horas interminables. Su cerebro semejaba querer estallar con los ruidos sónicos y ultrasónicos que bombardeaban sus tímpanos.

De pronto, todo cesó. Oscuridad, silencio completo. Jack respiró jadeante, como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

De súbito apareció un péndulo ante sus ojos, un péndulo fosforescente.

Despedía luz y destacaba en medio de las tinieblas que le rodeaban. Osciló de un lado a otro matemáticamente mientras podía escuchar su tic, tac, tic, tac.

Jack quiso evitar mirar aquel péndulo oscilante pero tras una, dos o quizá tres horas acabó por seguirlo con la mirada, reflejándose en su retina hasta que perdió la noción del tiempo y del mundo que le rodeaba.

Cuando de nuevo abrió los ojos, percatándose de que aún podía

pensar por sí mismo, no supo el tiempo que había pasado inconsciente. Ni siquiera sabía si podía ver, ya que todo a su alrededor era oscuridad y silencio.

Lentamente, para no dejarse vencer por la confusión que reinaba en su mente y abandonarse al intensísimo dolor de cabeza que le hacía pensar que su cráneo se había encogido, oprimiéndole los sesos, rememoró al oriental que le había hablado por el televisor y lo que pretendía de él.

Se dijo que lo que debía hacer era tratar de escapar cuanto antes.

Aquel asiático de rostro desconcertante y enigmático, tenía medios para anular su mente y por si lo dudaba, sólo había que recordar al infeliz Klofosky.

Estaba sujeto sólidamente a la silla de hierro con correas, pero no se dio por vencido y comenzó a forcejar con sus muñecas.

Una luz de esperanza brilló en su mente al notar, muy débilmente, que la correa que sujetaba su antebrazo derecho cedía.

Concentró todos sus esfuerzos en el brazo derecho y suspiró aliviado cuando la correa saltó.

—Debo apresurarme antes de que regresen para proseguir el tratamiento.

Con la diestra libre, fue soltando las correas que lo sujetaban desde la cabeza hasta los tobillos. Una pasaba por el tórax, otra por el abdomen y una tercera por encima de los muslos pegándolo materialmente contra la silla e impidiéndole todo movimiento.

Se apartó de aquella especie de trono como si por su hierro pasara una corriente de doscientos mil voltios.

De no ser por la desaparición de Edna Wood, no se habría dejado atrapar. Sin embargo, se prometió hallar a aquel tipo apodado El Chato para devolverle la jugarreta y, por supuesto, al oriental, al psiquiatra que les ayudaba y al hombre que les pagaba, probablemente Childson. Todos sentirían sobre sí el peso de la justicia.

Sumido en la oscuridad, avanzó por aquella especie de sótano maloliente.

Encontró la puerta, mas hubo de desistir con ella. Era demasiado sólida y probablemente estaba atrancada con varios cerrojos.

No se detuvo a lamentarse por su mala suerte y se dijo que debía

existir algún sistema de respiración.

Se frotó los ojos y buscó con avidez dentro de aquella oscuridad. Una raya débilmente, iluminada, apenas perceptible, le hizo respirar con más tranquilidad.

Se aproximó a lo que supuso un tragaluz y respiradero del sótano, pero se hallaba demasiado alto para llegar con las manos.

Jack Foster no se arredró. Buscó en torno suyo hasta dar con una mesa sobre la que reposaba el televisor que había visto anteriormente.

Con una sonrisa de triunfo arrancó los cables del aparato y lo depositó en el suelo. Tomando la mesita, la acercó junto a la pared bajo el respiradero y se subió a ella, tanteando con las manos.

Una aldaba sencilla cerraba una doble puerta de madera que abrió con facilidad.

El tragaluz daba a un callejón húmedo, angosto y maloliente. Era de noche y una bombilla lo iluminaba. Era la luz que había visto a través de la rendija del respiradero situado a nivel del empedrado exterior.

Aún no podía cantar victoria. Frente a él tenía un enrejado herrumbroso que protegía el respiradero de posibles visitas no gratas provenientes de la calle.

El tragaluz era grande y posiblemente se utilizaba para entrar en el sótano las cosas que hiciera falta. Por tanto, debía ser abatible y pudo comprobar que no se había equivocado al ver las bisagras.

Forcejeó donde estaba la cerradura y la pared, ya ajada por la erosión del tiempo, cedió ligeramente. Al fin, consiguió franquear aquella reja largo tiempo en desuso.

Se subió a pulso al tragaluz e instantes después, se hallaba en el callejón.

En adelante iban a encontrar un Jack Foster duro, implacable, y la partida solo había hecho que empezar.

CAPÍTULO VI

Edna Wood sostenía sobre su cabeza una bolsa de hielo.

Sus ojos permanecían cerrados y se hallaba recostada sobre su cama con abundantes almohadones bajo la espalda para elevarla. Su cuerpo estaba cubierto por una fresca bata negra y roja que realzaba la palidez que su rostro tenía en aquellos instantes.

Sonó un timbre y, automáticamente, alargó la mano para tomar el auricular telefónico y llevárselo al oído sin levantar los párpados que le pesaban como paneles de plomo.

—¿Diga?

No obtuvo respuesta y, extrañada, escuchó la señal de línea libre en su aparato.

Colgaba el auricular cuando escuchó de nuevo el timbre.

Sin quitarse la bolsa de hielo de la cabeza, caminando casi con los ojos cerrados, se dirigió a la puerta y la abrió.

—¿Qué desea?

Frente a ella estaba Jack Foster. Alto, dominante, con el pelo teñido de rojo y sin barba ni bigote, pues era algo que se habían entretenido en arrancarle quienes le capturarán.

—Entrar.

—¿Para qué? —preguntó con las pupilas entornadas—. Yo no le conozco.

—Soy Jack Foster. ¿Cómo estás, querida Edna?

—¿Jack Foster? —repitió sorprendida, abriendo los ojos de golpe—. ¿Dónde te has dejado el bigote y la barba?

—En casa de unos amigos a los que deseo ver pronto. He olvidado agradecerles su amable hospitalidad. —Dio un paso, haciendo retroceder a la fémina, y cerró la puerta a su espalda.

—¿Qué quieres? No me siento muy bien.

—¿Te acuerdas de algo? —inquirió Jack.

—Sí, que bebimos mucho en el club y luego, nada. Debiste

traerme a casa con algunas copas de más, porque ahora no recuerdo nada y me duele mucho la cabeza por la resaca que tengo.

—¿Has visto o hablado con alguien?

—Visto, no, pero he hablado por teléfono.

—¿Con quién?

—Con Ferguson.

—Al despertarme, me he acordado de lo que me dijiste y se lo he contado a Ferguson. Me ha dicho que no me preocupe, que averiguará lo que pueda sobre Benini. ¿No se llamaba así aquel sujeto que liquidaste?

—Sí, ése era su nombre, pero no lo liquidé yo. Espero que averigüe muchas cosas. —Hizo una pausa. Miró a la mujer que tenía los cabellos sueltos y caídos sobre su espalda y alargando la mano tomó la bolsa de hielo de su cabeza. La arrojó lejos de sí—. No te favorece demasiado ese sombrero.

—Es que tengo una jaqueca horrible —repuso ella con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Sin pensarlo dos veces, Jack besó aquellos labios un tanto pálidos para darles algo de color.

Edna permaneció quieta, sin fuerzas, durante la caricia. Luego, el hombre se apartó de ella adentrándose en el apartamento con toda naturalidad.

—Voy a tomar un baño. Supongo que tu bañera no estará llena de medias de nylon en desuso, ¿verdad? —preguntó sin volver la cabeza y buscando el lavabo como si el apartamento fuera suyo.

Ella parpadeó ostensiblemente mientras se tambaleaba ligeramente. Las piernas le flaqueaban.

—No, no hay nada en el cuarto de baño.

—Agua templada sí habrá, ¿no?

—Sí, claro.

—Bueno, mejor será tomarme una ducha fría. Mientras me ducho, prepárame una copa con un poco de *whisky* y mucho hielo.

El hombre desapareció en el lavabo y Edna tuvo que sentarse en una butaca, desconcertada, volviendo a ponerse sobre la cabeza la botella de goma conteniendo hielo.

Cuando Jack Foster salió del baño, iba en mangas de camisa.

—Estaba buena el agua. Me hacía falta esa ducha, aunque todavía me duele la cabeza.

¿Has preparado ya mi bebida?

Ella, sentada en el sillón y de nuevo con la bolsa en la cabeza, respondió:

—Prepáratela tú si quieres. Yo no estoy para servir a nadie, y me molesta que un cínico con mucha cara tome mi apartamento al asalto, sin siquiera pedir permiso.

El la observó cruzándose de brazos. Puso un gesto preocupado y dijo:

—Magnífico, parece que llevemos ya un par de años casados. Por lo visto, las modas adelantan. Antes, para conquistar a un hombre las chicas se apresuraban a darle todo lo que ellos quisieran y luego, de casadas, actuaban como tú acabas de hacerlo.

—Las mujeres de hoy no tenemos que ir detrás de ningún hombre. Nos resolvemos la vida nosotras mismas y no quiero recordarte ciertas palabras que pronunciaste en el *Cat Night Club* —dijo ella recostada en la butaca y con los ojos cerrados.

—Sí, las mujeres de ahora os solucionáis la vida con respecto al dinero, pero el hombre como tal no deja de ser una necesidad para vosotras.

Ella prefirió no responder.

Jack se encogió de hombros y fue hasta el teléfono, marcando unos números en el disco.

—¿Adónde llamas?

—Voy a pedir a cualquier bar que me traigan un poco de bebida. Llamaré primero a la portería de este edificio de apartamentos y ellos me informarán de adónde puedo pedir un *whisky* con mucho hielo.

—¿Estás loco? ¿Pretendes que vengan aquí a traerte el *whisky* con hielo? —inquirió preocupada.

—Creo que he hablado bien claro. Tú me has echado en cara que no estoy en mi casa y que de lo que hay aquí, nada me pertenece, así que llamo a un bar, pago y listos.

Edna se abalanzó materialmente hacia el hombre, cortando la comunicación.

—¿Es que quieres que vengan aquí y me vean en bata y con un hombre que utiliza descaradamente mi baño?

—¿Qué ocurre? Creí que no tenías prejuicios —siseó irónico.

—¡Eres un cínico! Tú quieres manchar mi nombre. No soy una

mojigata, pero... No pudo terminar. Jack ciñó su cintura con el brazo.

—No eres una mojigata, pero sí una niña tonta a la que hay que dar una lección.

—¡A mí no me da lecciones nadie, y, menos un bruto como tú, salvaje! —Pataleó ella. El hombre enarcó las cejas en actitud paciente y luego, dominándola, la besó.

Ella intentó arañarle, pero al contacto de sus dedos con el rostro varonil sintió un escalofrío que recorrió su espina dorsal. Sus uñas ya no arañaron, sino que acariciaron.

—Eres hermosa, Edna. ¿No te lo habían dicho antes? Ella se mantuvo con los ojos entornados.

—Nunca un hombre como tú.

—Eso seguro. Como Jack Foster no hay muchos. Ahora, cariño, prepárame un vaso de *whisky* con mucho hielo. Cuando tenga la cabeza mejor continuaremos.

—Ahora mismo te lo preparo, Jack —dijo sumisa, apenas con un susurro.

Despuntaba el alba.

Las calles de Washington aparecían desiertas. El asfalto estaba húmedo y unos camiones de limpieza se encargaban de adecentar las calzadas.

La suave brisa matutina azotaba los rostros de Jack Foster y Edna que iba a su lado, con la cabeza recostada ligeramente sobre su hombro.

—Parece increíble todo lo que me has contado, Jack.

—Pues es cierto.

—Jack...

—¿Qué? —preguntó sin dejar de controlar el volante del coche descapotable que comprara de segunda mano.

—Te quiero.

—¿Por qué? Ella suspiró.

—No sé. Quizá porque eres atractivamente dominante o porque para salvar mi vida te has dejado capturar.

—Vamos, vamos... Aunque hubieras sido otra habría hecho lo mismo. Ella brincó en el asiento.

—¡Eres un, un...!

—¿Me das un cigarrillo? Me despejará —dijo con naturalidad, ignorando voluntariamente el enfado femenino.

Ella levantó el labio superior en un mohín de disgusto, pero obedeció sacando un paquete de cigarrillo del bolsillo de la chaqueta de Jack.

Lo encendió con el mechero adaptado al coche y aspiró el humo. Después, lo pasó a los labios masculinos.

Tras dar dos largas chupadas al pitillo y sin quitárselo de la boca, Jack dijo:

—Tenemos ya varias pistas, no damos golpes a ciegas. El Cat Club, el tal Lindon y su jefe que trabajan para ese oriental, luego el sótano donde me metieron. Sin embargo, me temo que allí ya no habrá nada y el propietario será un pobre infeliz que ignorará para que utilizan su local.

—Es muy posible.

—¡El diario, ha salido el diario de la mañana! —voceó un muchacho, posiblemente el primero en vender periódicos aquel día.

—Frena, me gusta estar enterada de todo, es mi profesión.

Jack hizo chirriar los frenos del auto, deteniéndolo junto al muchacho.

—¡Eh, un periódico, y quédate el cambio!

—Gracias, señor —respondió el pequeño vendedor que luego se alejó voceando nuevamente su mercancía a los primeros y somnolientos habitantes de la capital de la gran nación.

—¡Diablos!

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack mientras Edna devoraba las noticias de primera página—. Ignoraba que una chica tan fina como tú pudiera soltar exclamaciones tan sonoras.

—Pues no hay para menos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Por lo visto, hemos pasado muchas horas fuera del apartamento y han ocurrido acontecimientos importantes. Puede que este *lapsus* me cueste el empleo. El gobernador Danielson estará furioso conmigo.

—¿Por qué?

—Por no controlar las noticias dadas a la Prensa.

—¿Y cuáles son esas noticias?

—Escucha: «El FBI, a través del primer cargo en Washington, se

ha ofrecido a prestar incondicional ayuda y protección al gobernador Danielson. De todos es ya conocido el intento de asesinato que ha sufrido y la captura de un hombre cuya identificación no se ha facilitado a la Prensa. El fiscal general del Condado solicita del gobernador sea entregado el terrorista para conducirlo a la corte, pero Danielson pide paz, calma, y se niega a hacer comentarios».

—¡Diablos! —exclamó ahora Jack—. Las noticias vuelan.

—Sí, y escucha, hay más: «El gobernador Danielson es un hombre de paz y además, paciente. Se comenta que algunos grupos políticos, ansiosos de poder, son los que han armado la mano homicida para segar la vida de nuestro gobernador Danielson, posible futuro presidente de la nación. ¿Dejaremos que se cometan más magnicidios en nuestro país?, se pregunta el periodista. Hemos de protegerle y demostrar al mundo que no somos salvajes, sino la nación más civilizada de nuestros días. Vaya nuestro incondicional apoyo al gobernador Danielson por encima del partido que este periódico representa y que no es precisamente el del gobernador Danielson, lo que demuestra nuestra sed de justicia, de paz y de imparcialidad».

—Con todo esto, el gobernador Danielson se está apuntando muchos votos —opinó Jack.

—Sí, pero de nada va a servirle si lo matan y sólo pensar que por poco te convierten a ti en un asesino, me produce escalofríos.

—No temas, ese oriental no se saldrá con la suya y lo sacaremos de su ratonera, se encuentre donde se encuentre. Ahora, si no hay más noticias interesantes...

—Sí las hay, escucha.

—Soy todo oídos.

—«Se tienen noticias de que un detective privado, cuyo nombre se conserva en el anónimo, está investigando el caso del terrorista capturado y que éste se halla en su poder. La jefatura de la policía estatal ejerce presión para que el prisionero les sea entregado y este caso pueda ser llevado por la vía legal. El gobernador Danielson guarda silencio al respecto y de ello se deduce que recela y desconfía del éxito que puedan obtener los medios legales de justicia frente a determinados personajes de la alta política, personajes intocables».

—Esas noticias son como el estallido de una bomba «H» en medio de Washington. Habrán opiniones para todos los gustos y también exabruptos. Los otros tres candidatos a la presidencia se apresurarán a enviar a Danielson telegramas de adhesión y confianza mientras despotrican contra él por crear una desconfianza general. La policía, por su parte, echará chispas, pues se sentirá humillada.

—Sí, todo eso es cierto, pero ¿quién facilitará todas esas noticias a la Prensa, cuando el gobernador Danielson, que se niega a hacer comentarios, pidió a su equipo, es decir, a todos nosotros, que se mantuviera en el más estricto silencio? Si el gobernador hubiera deseado remitir alguna nota a la Prensa con respecto a lo sucedido y que él ha procurado mantener desde el principio en el más riguroso secreto, me lo habría comunicado a mí.

—Tengo la certeza de que alguien del equipo es quien facilita las noticias a la Prensa. Ese alguien me siguió hasta dar conmigo en el hotel y mató a Lotty tratando de silenciar a Paul.

—¿Crees que ese alguien es el cerebro que trata de silenciar al gobernador?

—No, ese alguien es uno más. El cerebro que todo lo organiza también tiene su propio equipo de acción, publicidad, psiquiatría y torturas y derivados. No cabe duda de que es un elemento peligroso, pero daremos con él aunque tengamos que ir con un poco más de tiento. Por cierto, ¿tienes pistola?

—¿Pistola, yo? —inquirió casi asustada—. No, por supuesto que no.

—En la guantera encontrarás una pequeña, apta para tu bolso.

—No, las pistolas me dan miedo.

—Cógela. No tengo deseos de que me vuelvan a capturar con el cuento de que tu vida corre peligro. Quizá la próxima vez no tenga la suerte de escapar y me condicionen para llenar el estómago del gobernador de indigestible plomo.

Con un poco de aprensión, Edna tomó la pistola, un modelo de acero bruñido y de poco volumen, aunque algo pesada. Tras observarla, la guardó en su bolso.

—¿Sabrás usarla si llega el caso?

—Sí, usarla sí. Hay que quitar el seguro y luego apretar el gatillo.

—Exacto, pero no se te olvide apuntar sin cerrar los ojos. Jack detuvo el «Mercury» cerca del 333 de la calle Dieciocho.

—Sígueme. Vamos a sacar a Paul de su encierro.

—No sé si debo entrar en la casa de tu amiga.

Foster sonrió mordaz.

—Vamos, no seas mojigata. Tú no vas a hacer nada que te veje, sólo vamos a buscar a Paul.

Dejaron el auto a prudente distancia y se dirigieron a pie al club de Clotilde, cuya entrada era una cafetería con persianas rojas y signos astrológicos por las paredes.

Tuvieron que llamar, la puerta estaba cerrada. El sol acababa de salir, aunque los altos edificios impedían verlo.

—¡Ya voy, ya voy! —respondió una voz de mujer desde el interior.

A Edna le pareció que aquella voz estaba bastante ronca por el exceso de bebida.

La puerta se abrió y surgió una mujer alta, morena, de exuberantes senos. Edna la observó con cierto aire suficiente.

—Hola, Jack.

—Lo siento, pero tenía que entrar ahora. ¿He interrumpido tu sueño?

—Oh, no, estaba haciendo balance de cuentas. Esta noche, la cafetería ha tenido muchos clientes.

—Sólo venimos a buscar a mi amigo. Ella es pariente suyo —mintió para no tener que dar excesivas explicaciones.

—Ah, bueno. Vamos, pasad, pasad adentro.

—¿Han habido problemas con mi amigo? —preguntó Jack ya en el interior de la cafetería, mientras Edna lo observaba todo de reojo, con aire crítico e interesado a la vez.

—No hemos tenido problemas con él. Como lo dejaste dormido en la habitación y tú la cerraste con llave...

—Bien, vayamos a ver si ha despertado.

Subieron al piso superior por una escalerilla de caracol.

Al llegar a la habitación, Jack fue a introducir la llave en la cerradura, pero se percató de que la puerta estaba abierta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Edna al observar la contracción de las mandíbulas varoniles.

—Alguien ha entrado o salido de esta habitación en mi ausencia.

Veamos lo que ha sido.

Penetró en la estancia. Encendió la luz y miró hacia la cama.

—Ese hombre está atado —advirtió Clotilde.

—Atado lo he dejado yo para que no cometiera ninguna tontería, pero no le he dejado una almohada sobre la cara, precisamente.

Pasó como una exhalación al interior de la habitación, seguido por las dos mujeres.

—¡Jack, ese hombre no respira! —opinó Edna.

Foster levantó la almohada de la cabeza de Klofosky y los tres pudieron ver sus ojos abiertos, unos ojos vidriosos, sin vida. El rostro aparecía violáceo.

Cloty profirió un grito y Jack le propinó una bofetada para que callara. Edna no tuvo que pasar por semejante trance.

—Alguien se ha aprovechado de las ligaduras que yo le puse a este infeliz. —Tocó su rostro y opinó—: Hace poco que lo han asesinado. Aún está caliente.

—¡Yo no he visto nada, nada! —se apresuró a exclamar Clotilde.

—¿No has visto a nadie sospechoso? —preguntó Jack.

—No, todos los clientes que han venido son tipos vulgares y es mejor que no preguntes a las chicas. Empezarían a chillar y tendría jaleo. Por favor, Jack, tú has traído ese tipo a mi casa, llévatelo. No quiero líos con la policía. Me cerrarían el local.

—Está bien, me lo llevaré envuelto en una manta de la propia cama.

—Por mí, como si quieres llevártelo con cama inclusive —se apresuró a decir Cloty, contenta de que se llevara el cadáver de su casa.

—¿Y adónde lo piensas llevar ahora? —inquirió Edna desconcertada.

—Tú ve abriéndome camino hasta el coche y no preguntes. Aún tengo que pensarlo.

—Menudo plan me espera... De madrugada y paseando con un cadáver por las calles de Washington —protestó Edna por lo bajo.

Sin embargo, sabía que con Jack Foster nada podría hacer; no admitía órdenes femeninas.

CAPÍTULO VII

Era evidente que Ferguson estaba de mal humor. Pese a ser un hombre frío, mezclaba los dedos de sus manos conteniendo su estado nervioso.

—Señor Foster, creo que va demasiado lejos.

—¿Demasiado lejos, por qué? —preguntó Jack sintiéndose seguro. Observaba atento todas las reacciones de aquel hombre todo cerebro y que para ver precisaba de los gruesos lentes que llevaba.

Jack sospechaba de aquel hombre. No quería pensar mal de Edna Wood, y el asesinato de Paul Klofosky sólo podía deberse a la obra e intención de uno de los dos, y ambos personajes habían tenido ocasión de realizarlo.

Podía recelar de Edna, porque a ella le había revelado el escondite del infeliz sargento programado para magnicidios.

Jack también pensaba que la desaparición de la muchacha en el club podía ser una treta, pero sólo eran simples sospechas. La chica podía decir la verdad. Según ella, había comunicado por teléfono a Ferguson lo ocurrido con Benini y con la médium Lotty, y también el lugar donde se ocultaba el sargento. Por tanto, Ferguson era un candidato más a sus sospechas, pero Jack no podía exteriorizarlas ni dar ningún paso en falso.

Debía seguir adelante con sus sospechas, mas siempre con la sonrisa irónica en sus labios. Necesitaba pruebas para, al fin, toparse con el cerebro que movía los Míos de aquella maquiavélica conspiración en la que las vidas humanas carecían de valor.

—El gobernador Danielson le pidió que investigara, no que llenara Washington de cadáveres.

—No he sido yo precisamente quien ha enviado al infierno a los que están muertos.

—Eso no es lo que discutimos ahora. El jefe de la policía estatal está que echa chispas, e incluso habla de dimitir en su puesto, ya

que no se le tiene la confianza debida.

—¿Lamenta que el gobernador me metiera en este lío para investigar a los que atentan contra su vida?

—Bueno, yo soy partidario de los métodos rectos, legales. La policía existe para algo. Por cierto, que los policías federales no hacen más que presionar para que el gobernador Danielson acepte su protección y además llegan continuas notificaciones en tal sentido desde la mismísima Casablanca.

—Este asunto es como una bola de nieve, Ferguson.

—¿Una bola de nieve? ¿Ha bebido algo más de la cuenta? Parece desmejorado —gruñó Ferguson sarcástico.

—No, no he tomado y le digo que esa bola de nieve soy yo. Me han empujado por la pendiente y ya no puedo parar. Me llevaré por delante todo lo que encuentre, pero al final de la pendiente aplastaré al hombre que programó a Paul Klofosky para asesinar al gobernador.

—Le advierto, señor Foster, que la bola de nieve, cuando llega ante una roca de granito, se parte en mil pedazos.

—Hum, espero que esa roca esté lo suficientemente arraigada en el suelo para que yo no me la lleve por delante.

—Es usted un tipo excepcional y lo cierto es que le admiro. Tiene una forma de trabajar distinta a la mía, aunque nuestras actividades son paralelas.

—Sí, es cierto, pero a mí me gusta el aire fresco y usted prefiere el aire viciado de una habitación.

—¿Intenta provocarme, señor Foster? —preguntó irónico.

—No, ¿por qué habría de hacer semejante cosa?

—Verá, señor Foster, usted tiene un excelente cerebro, es bueno como detective privado, pero le agrada hacerlo todo por su cuenta y riesgo.

—Sí, ya sé que usted es distinto. Usted toma una hoja, la cuadricula y establece unas posiciones como si fuera un tablero de ajedrez. Luego, mueve a sus peones hacia delante para que jueguen y expongan su vida mientras usted los mueve de cuadro en cuadro.

—Admita que, por lo menos, mi sistema es más inteligente.

—Usted sigue las reglas de juego y las hace seguir a sus peones y demás figuras, pero hay algo que usted ignora.

—¿El qué?

—Que Jack Foster suele saltarse las reglas de juego. Sobre un tablero, yo iría de un lado a otro, hacia delante, hacia atrás y cuántos cuadrados quisiera. No estoy sujeto a ninguna regla, soy libre, por eso presenté mi dimisión en el FBI.

—Lo sé. Es usted rebelde, indisciplinado.

—Usted lo ha dicho, señor Ferguson. Soy como una mujer jugando a las cartas. Hago trampas y no me importa, porque de este modo llego antes a mi objetivo.

—De modo que usted es de los que anteponen el fin a los medios.

—Siempre y cuando no perjudique a nadie inocente, quizá sea ésta la única regla que mantengo, pero en lo demás, soy rebelde. Quien esté jugando esta partida diabólica de ajedrez conmigo tendrá que ir con mucho cuidado, porque no me moveré conforme a las reglas. Si he de comerme una figura por la espalda, lo haré sin vacilar.

—Está hablando como si se enfrentara a mí, señor Foster.

—Vamos, vamos, señor Ferguson, usted es un hombre inteligente y sabe que en estos instantes sólo expongo un planteamiento, no acuso a nadie.

—Me alegro. Me ha molestado que me dijera que existe un traidor en el equipo del gobernador.

—Pues existe, estoy seguro, y usted debe ayudarme a descubrirlo.

—Bien, lo ayudaré. Empezaré a sospechar de mí mismo.

—Magnífico. Está demostrando ser un buen guardaespaldas del gobernador. Hay que empezar a recelar de uno mismo.

—Es usted un irónico o un cínico, no lo sé.

—Cuando lo averigüe de cierto, no tenga ningún reparo en decírmelo, señor Ferguson —replicó Jack sin dejar de sonreír, percatándose de que entre él y aquel hombre, todo cerebro, no existía ninguna corriente de simpatía.

—De acuerdo. Ah, por cierto, no le diga nada de esas sospechas al gobernador. Bastante ocupado está con la campaña y con los problemas que le está acarreado este asunto del terrorista.

—Está bien. No le diré nada mientras no sea necesario y, ahora, ¿qué ha podido averiguar sobre Benini?

—Todavía nada. De un momento a otro espero la comunicación

por teléfono. He solicitado ayuda a la policía estatal y a los federales. Por cierto, que al pedirle esta colaboración han comenzado todos a averiguar cosas por su cuenta. Hay una fiebre de triunfo. Ellos saben que si averiguan algo interesante, que si desbaratan esa organización de homicidas, se apuntan un gran triunfo que será aplaudido no sólo por toda la nación, sino por el mundo entero. La vida de un candidato a la presidencia de los Estados Unidos es algo muy importante en todo el mundo.

—Bien, cuando sepa algo, téngalo preparado para decírmelo. Yo le llamaré por teléfono.

Como que Jack hacía ademán de marcharse, Ferguson le contuvo.

—¡Eh! ¿No va a dejar ese cadáver aquí, verdad? —Y señaló una caja que había frente a la puerta de la casa.

—No pretenderá que me lo lleve yo para pasearlo con mi coche por Washington.

—Pues, como ya ha comprado una caja y lo ha metido dentro...

—¿Qué insinúa, Ferguson, que me desembarace de él? —preguntó con tono peyorativo.

—Bueno, ese sujeto es una escoria de la humanidad. Trató de asesinar al gobernador.

—Sí, pero no por propia iniciativa. Ese hombre merece que se le entierre con su nombre y condición en un cementerio militar, ya que era sargento. Sus restos deben tener cierta consideración. Después de todo, sólo ha sido una víctima en este asunto.

—Bien, muy bien con su lección de humanidad, pero ¿por qué me lo deja ahí, delante de mi oficina? —inquirió molesto.

—Porque el gobernador me dijo que si precisaba ayuda de alguien del equipo podía solicitarla. Ahora, yo le pido a usted que se haga cargo del cadáver, ¿comprendido? —le preguntó ya desde la puerta, señalándolo con el dedo un tanto burlón.

—¿Y qué voy a hacer con él? Si la policía lo descubre, ya no podremos evitar que meta sus narices en el asunto.

—¿Y qué ocurrirá en ese caso?

—Pues que usted tendrá problemas, ya que posee una documentación falsa y oficialmente está muerto. Además, se hallaba presente en la escena del crimen de esa médium y el tal Benini.

—¿No pasará nada más? —preguntó burlón.

—Pues que el gobernador se molestará mucho y pondrá el grito en el cielo porque los otros candidatos a la presidencia explotarán de indignación al saber que se les va a investigar de un modo oficial.

—No se preocupe por ellos, Ferguson. Todos tienen uñas largas y sabrán defenderse a zarpazos. En cuanto al cadáver de Klofosky —hizo una pausa, pensativo—, ¿tiene algún frigorífico?

—¿Frigorífico? —Abrió los ojos desmesuradamente tras las gruesas gafas—. ¡Oh, no, no; no pretenderá que lo guarde en un frigorífico aquí en mi oficina!, ¿verdad?

—¿Lo tiene sí o no?

—¡No! El que hay aquí es pequeño, no cabe un cadáver dentro.

—En ese caso, cuando pase por un comercio de electrodomésticos encargaré el más grande que tengan. Dentro de media hora estará aquí, apto para enchufarlo a la red.

—¡No, no, usted no puede hacer eso! —farfulló golpeando con sus puños sobre la mesa.

—No sufra, señor Ferguson, lo pagaré de mi cuenta. —Tras decir aquello, abandonó el despacho ubicado en el centro de Washington.

Jack cumplió su promesa.

Lo primero que hizo fue adquirir el frigorífico doméstico más grande que encontró y que alcanzaba temperaturas muy bajas.

Tras pagar con un talón, ordenó que inmediatamente fuera enviado a la oficina de Ferguson.

Jack Foster tenía una visita pendiente que hacer al *Cat Night Club*. Ardía en deseos de dar las gracias a quienes le trataran tan hospitalariamente.

Jack llevaba el cabello negro natural. Durante la mañana, tras descansar un rato en el apartamento de Edna, ésta le había comprado un botellín de tinte para volver el pelo a su auténtico color.

Era temprano todavía. La noche comenzaba y las primeras luces de la señorial Washington se encendían.

Sin tapujos, Jack penetró en el club.

No había *show* en aquellos momentos. La orquestina ejecutaba un acaramelado *swing* para que las parejas se balancearan con suavidad en la pista.

—¿Cigarrillos, señor?

Jack miró a la vendedora de tabaco que le mostraba su bandeja y las piernas.

—Sí.

—Escójalos usted mismo.

Jack eligió la cajetilla y pagó con un billete de dos dólares sin pensar en el dicho popular de que tales billetes traían mala suerte, sino en gratificar a la vendedora del *maillot*. Se sentía contento. La muchacha no le había identificado como al pelirrojo de la barba.

Abrió el paquete de tabaco y tomó un pitillo con parsimonia.

—Señor, el cambio.

—Para ti.

—Gracias.

Y la joven se alejó mientras él aspiraba las primeras bocanadas de humo.

Se situó junto al mostrador y pidió un «Friend», que consistía en un *whisky*, un vodka, hielo y el resto del vaso de burbujeante *seltz*.

Mientras observaba alrededor, refrescó su garganta con la bebida. No había suerte. Aquella noche no habían acudido por allí Lindon ni su jefe, El Chato, y al resto de la pandilla no los conocía.

Sabía que en aquellos momentos era como si se hubiera puesto de pie sobre un dentado cepo para osos con los pies desnudos.

Se sonrió mientras se llevaba el vaso a la boca y sostenía el cigarrillo con la zurda.

Acababa de descubrir algo que sería muy interesante.

Tres de las chicas que trabajaban en el local se acercaban a la barra. Quizá en aquellos instantes iniciaban el trabajo nocturno.

—¿Vamos a bailar, muñeca?

La chica, al verse cogida por el brazo, volvió su rostro hacia el hombre. Ella no podía sorprenderse por un trato directo, estaba habituada a él. Sonrió y tras observar detenidamente a Jack dijo:

—Todos los días no tenemos la suerte de tropezar con un tipo como tú. —Se volvió hacia la pista y agregó—: Vamos. Mis amigas van a decir que empiezo la noche con buen pie.

La chica sabía sacar partido del baile y, aunque Jack se sintió a gusto, pensó que primero era la obligación y luego la devoción. Por ello fue directamente al meollo del asunto que le interesaba.

—¿Cómo te llamas, muñeca?

—Paula.

—Bonito nombre.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Pues luego, si te vienes conmigo, me lo podrás repetir hasta que salga el sol.

—Me gustaría, pero ando atareado esta noche.

—Pues nadie lo diría viéndote aquí bailando.

—Es que busco a un amigo. Le debo trescientos veinticinco dólares.

—Hum, no es una fortuna, pero ya me gustaría que me los debieras a mí. —Recostó la cabeza sobre el tórax masculino, ya que el rostro de Jack quedaba demasiado alto y preguntó—: ¿Te prestó ese dinero?

—No, fue una apuesta. No llevaba dinero encima y quedé en venir a pagarle aquí a este club, pero por más que busco no lo encuentro y tengo que marcharme esta noche a Los Ángeles.

—¿Los Ángeles? Eso está al otro lado de la nación.

—Así es, de modo que si no le pago a mi amigo pensará que soy un mal perdedor cuando no es así.

—Si es asiduo de aquí, puede que lo conozca.

—Sí, se llama Lindon. No sé qué me contó de que cuando era pequeño le mordió un perro en la boca, por eso tiene una cicatriz —dijo tranquilamente, sin miedo a que la mujer le reconociera del primer encuentro, pues ella era la que estaba con Lindon en dicha ocasión.

—¿Lindon? Sí, claro que viene por aquí, pero esta noche no lo he visto. Yo soy la que le gusta más de todas las chicas del club.

—No me extraña. Lindon y yo siempre hemos tenido gustos parecidos.

—Si quieres, puedes darme el dinero a mí y yo se lo entregaré a él. Jack sonrió.

—No. No es que no me fíe de ti, pero me gustaría devolvérselo personalmente. Es una cuenta que quiero saldar con él. Por cierto, cuando le explique que he estado a punto de no pagarle porque salgo esta noche en el avión de las once, quizá te dé una buena propina a ti si me dices dónde puedo encontrarlo sin perder mucho tiempo.

—¿Decirte dónde está? No sé —dijo dubitativa y un tanto

recelosa.

—Pues sí que es una lástima. En fin, después de todo, como no nos vamos a ver nunca más, ganaré trescientos veinticinco dólares.

—Espera, espera, quizá lo recuerde... A ver, a ver...

Creo que tiene un pequeño apartamento en Morton Street, el número ciento veinte, octavo C.

—Bien, magnífico. Ya le diré que tú me has ayudado a encontrarle.

—Y yo te lo agradeceré. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Steve

O'Connor

y ahora, perdona. Ah, tómate una copa a mi salud. —Y le tendió un billete de veinte dólares.

—Muy generoso. Si te sobra tiempo puedes venir por mí, Steve, y si alguna vez vienes de viaje, ya sabes dónde encontrarás a Paula.

—OK, querida Paula.

Jack salió al vestíbulo del local y pidió la guía telefónica.

Buscó ávidamente el número de Lindon y, cuando lo tuvo, introdujo un níquel en el aparato telefónico. Descolgó el auricular y marcó los guarismos en el disco.

Cuando obtuvo la señal de llamada, esperó a que la voz respondiera al otro lado del hilo.

—¿Quién es?

Jack no contestó. Dejó el auricular descolgado y sacó una hoja de bloc en la que escribió apresuradamente:

«No funciona. No tocar el aparato, pasa la corriente eléctrica».

Tras esta maniobra, salió apresuradamente del club y montó en el «Mercury», dirigiéndose rápidamente al apartamento de Lindon antes de que éste pudiera abandonarlo por cualquier motivo fútil.

Recorrió la ciudad como si estuviera participando en una competición automovilística, aunque a su pesar el «Mercury» no corría como aquel fabuloso «Yellow Bolid» que se desintegrara en el desierto de Nevada.

Pensó que la tal Paula estaría tratando de llamar a Lindon en aquellos momentos para prevenirle de la visita que iba a recibir, por si acaso a Lindon no le agradaba tenerla.

Pero la mujer no podría comunicar con Lindon, ya que Jack había dejado la línea abierta y hasta que no pusieran en

funcionamiento el teléfono que él había utilizado y dejado con el cartelito de «no funciona», Lindon no podría llamar ni ser llamado por su teléfono.

El edificio de apartamentos era grande, pero de aspecto pobre. Jack hizo chirriar los neumáticos del «Mercury» al frenar y a punto estuvo de atropellar al guardia que observaba, atento el tráfico desde la acera.

—Disculpe, oficial, es que me espera una chica. El policía puso una sonrisa agria en su boca.

—Pues a la velocidad que llevaba, no creo que otro haya llegado antes que usted. Cuando Jack se alejó, el agente se rascó la nuca, pensativo.

«¿Dónde habré visto antes esa cara? Me parece que ese tipo es famoso, pero ¿de qué?».

Foster penetró en el vestíbulo y aceleró el paso hacia el ascensor. No era cuestión de subir a pie hasta la planta octava.

El indicador del elevador señalaba que el camarín bajaba hacia la planta baja. Como ya estaba cerca, Jack aguardó paciente.

Al abrirse la doble puerta automática, aparecieron una pareja de ancianos y un hombre que tenía el labio partido. Era Lindon.

Jack observó que Lindon parecía algo nervioso y hacía a un lado a los viejos para salir el primero. Jack se interpuso en su camino.

—Más educación, amigo, y deje pasar primero a las, personas mayores.

—No se meta en mi camino y déjese de bobadas —gruñó Lindon sin reconocerle. Jack le propinó un empujón que volvió a meterlo dentro del elevador.

—Primero, los ancianos. El viejo dijo sonriente:

—Así, así hay que enseñar educación a algunos. —Luego, cogiéndose del brazo de su pareja, aceleró el paso.

Enfrentándose con la ira de Lindon, Jack Foster se metió en el ascensor y pulsó el botón de la planta octava, impidiendo que Lindon escapara por la puerta.

—Pero ¿qué pretende, llevarme otra vez arriba? ¡Le voy a partir la cara!

—No te excites, Lindon, tómatelo con calma —siseó Jack.

—¿Cómo, me conoce?

—Y tú a mí también. Bueno, quizá no te sea fácil reconocerme,

pero la otra vez que nos vimos yo llevaba el pelo teñido de rojo y barba y bigote del mismo color.

Lindon palideció. Le parecía que aquello era una burla diabólica y trató de reaccionar violentamente contra él.

Hundió la mano en la axila para sacar su arma, pero Jack le hizo una presa y la pistola cayó al piso del ascensor mientras los dos hombres forcejeaban en el angosto espacio.

En la pelea, Lindon no se pudo agachar para recoger el arma. Jack se lo impedía mientras castigaba su hígado y estómago con una serie de puñetazos.

Lindon consiguió oprimir el botón de planta y el camarín cambió de dirección. Se detuvo en su ascenso y, dando una sacudida, comenzó a bajar mientras los dos hombres continuaban golpeándose con dureza. Era una lucha a vida o muerte y ambos lo sabían.

Jack evitó que siguieran descendiendo aplastando su mano sobre los botones superiores del cuadro de mandos y el ascensor volvió hacia arriba.

Lindon fue castigado severamente mientras el elevador subía hasta detenerse frente a la azotea que se hallaba en el piso dieciocho.

De un directo al mentón, Lindon salió de la cabina y la puerta se cerró tras ellos.

Alguien había llamado el ascensor desde abajo.

La pistola quedó dentro del camarín y Jack pensó que no tenía mucho tiempo antes de que viniera el policía que había en la calle cuando le advirtieran de la pistola descubierta dentro del ascensor.

Lindon dio una patada a las piernas de Jack y éste estuvo a punto de rodar escaleras abajo, mas se sostuvo en la baranda mientras Lindon corría hacia la terraza tratando de cerrar la puerta de la misma para cortar el paso a Foster. Éste cargó con tal fuerza que lo hizo rodar por el suelo y de nuevo prosiguió la lucha. Tenía que abatir la defensa de Lindon en el mínimo tiempo posible.

Con el rostro duramente castigado, Lindon fue arrastrado por Jack hasta unos grandes rótulos de neón que parpadeaban en la noche.

Lo elevó en el aire y puso medio cuerpo fuera de al balaustrada, haciéndole ver la altura que representaban aquellos dieciocho pisos.

—¡No, no, yo no tengo nada contra ti! —suplicó Lindon con los labios ensangrentados—. ¡Sólo soy uno más del grupo!

—¿Quién os paga?

—No lo sé.

—¿Quién os paga?

—Te juro que no lo sé. Para nosotros, el jefe es El Chato. El es quien contrata los trabajos, nosotros sólo somos peones.

—¿Cuántos sois?

—Cinco, es decir, cuatro. Benini desapareció.

—Benini murió con la cabeza abierta y puede que a ti te ocurra otro tanto si no hablas rápido.

—¡Yo no sé nada, lo juro! El Chato nos dice lo que tenemos que hacer. Obedecemos, pero nada más —dijo jadeante y mirando al vacío con terror.

—Pero ¿no has visto a nadie en especial con respecto a vuestro último trabajo?

—No. Utilizamos un sótano al que llevamos al digamos cliente. Luego, nos hacían marchar y se quedaba El Chato.

—¿Y dónde está El Chato ahora?

—Lo ignoro.

Jack lo empujó un poco más hacia el exterior, dejándolo materialmente sentado en la balaustrada con el cuerpo inclinado hacia el vacío.

—Si no lo dices, vas abajo.

—La guarida está frente al Potomac, en un *snack* llamado El Guacamayo Rojo.

—¿Y dónde está la salida de emergencia de tal guarida?

—Por la escalera que hay en el lado derecho del *snack*. Se baja y hay una puerta que conduce a los sótanos.

—¡Alto, no se muevan! —advirtió el policía pistola en mano. Jack lo reconoció como el que encontrara en la calle.

Lindon se incorporó hacia delante. Jack lo soltó y avanzó un par de pasos hacia el policía cuando Lindon, acorralado, trató de escapar.

Se ladeó para cogerse al andamiaje del rótulo luminoso y, súbitamente, de su mano comenzaron a brotar chispas.

Había tocado uno de los cables eléctricos y se precipitó al vacío en medio de un gran alarido.

El policía se precipitó hacia la barandilla para ver cómo caía el cuerpo a la calle. Jack, a su lado, dijo:

—Siento mucho hacer esto, pero no puedo dar explicaciones y tengo mucha prisa.

Cuando el agente quiso comprender, ya era tarde, ni siquiera pudo volver su arma contra Jack Foster que acababa de propinarle un golpe de karate en la base de la nuca, dejándolo dormido para un largo rato.

Después, Jack Foster abandonó el edificio. Tenía prisa, mucha prisa. La noche se presentaba agitada.

CAPÍTULO VIII

El Guacamaya Rojo era un tugurio de mala catadura.

Jack Foster sólo le dio un vistazo a través de los cristales para ver si El Chato estaba dentro, mas no lo descubrió.

«Será cuestión, de bajar al sótano», se dijo.

Se introdujo en la angosta y totalmente oscura escalera. A la izquierda de la misma había una puerta, mientras que a la derecha ascendían los peldaños hacia lo alto. Lindon no le había engañado.

La puerta del sótano estaba cerrada.

Con una ganzúa que se había fabricado con un pedazo de alambre, hurgó en la cerradura hasta que el muelle saltó quedando la hoja de madera franqueada.

La escalera que quedó ante él también era muy estrecha y los peldaños, ennegrecidos y gastados, resbalaban.

Jack descendió tanteando las paredes, ya que la oscuridad era total. Su diestra quedó armada con la pistola de que se había provisto. Meterse en aquel nido de pandilleros era como provocar una tormenta en agosto. Habrían rayos y truenos con generosidad.

Sus pies quedaron inmóviles al percatarse de que ya había descendido hasta el fondo. Sus pupilas divisaron una delicada rendija luminosa. Allí había una puerta y, tras ella, se escuchaba un débil rumor de voces.

Con precaución, se aproximó a la puerta. Ésta tenía el hueco de la cerradura obturado y no podía ver lo que había tras ella, pero estaba seguro de que el sótano tenía otra salida por el bar.

No podía andarse con ceremonias. Si se descuidaba, nada más cruzar el umbral de aquella puerta, quedaría convertido en un colador.

Alzó su pie y propinó un violento planchado a la puerta. Ésta saltó materialmente de sus goznes y la cerradura quedó desencajada.

Pistola en mano, Jack Foster quedó frente a aquella estancia hedionda en la que se centraba una mesa. Sobre ella, una bombilla de escasa potencia con un platillo visera amarillento que un día fuera blanco.

Alrededor de la mesa, en la que se estaba jugando al póquer, se sentaban tres hombres, dos de ellos en mangas de camisa. El tercero era El Chato y no sonrió al ver a su impulsivo visitante.

—Quietos los tres o le doy gusto al gatillo.

El Chato palideció. Reconocía la cara de aquel hombre, pues él mismo le había quitado la barba y el bigote postizo.

—¿Qué quieres, no escapaste ya? Tuviste suerte, no busques más camorra ahora. Ante la advertencia del *gángster*, Jack sonrió.

—Te dije que tarde o temprano encontraría una ocasión para hacer la paz con el *whisky* que me hiciste tragar. Por cierto, tienes una botella sobre la mesa, ¿qué te parece un trago?

—¿Para qué quieres que beba?

—Para que luego sueltes la lengua. La tendrás más estropajosa, pero tú estarás más asequible.

La situación se había puesto crítica para los *gangsters*. Uno de ellos quiso probar suerte lanzando el vaso contra la bombilla. Ésta estalló, sumiéndolos en la oscuridad.

Antes de arrojarse al suelo, Jack Foster disparó cuatro veces hacia donde suponía debían estar los dos secuaces de El Chato.

Escuchó ruido de cuerpos al caer y sillas rodando.

No hubo disparos de réplica y se hizo un silencio denso. Jack reptó hasta situarse junto a la puerta y allí esperó con el arma en la mano.

Alguien se movió en el suelo, apartando una silla. Otro de los personajes en aquel drama de sangre, disparó nervioso contra él.

—¡Agg! —Escuchó Jack. Alzó la voz para advertir:

—Estás nervioso, Chato. Le has dado a uno de tus hombres, lo has rematado tú mismo. Ahora estás solo.

—¡A ti te daré ahora!

Jack escuchó un ruido al fondo de la estancia, pero no hizo nada. Estaba seguro de que El Chato trataba de sorprenderlo con el burdo truco de lanzar un objeto a un lugar distinto al que se encontraba.

Situado junto a la puerta, Jack aguardó paciente, agotando los

nervios del *gángster*.

Pudo escuchar la respiración agitada de El Chato, quien también permanecía inmóvil. En un momento dado, disparó dos veces consecutivas en distintas direcciones, riendo después.

—Te he dado, ¿verdad, maldito?

Jack no respondió. Permaneció como si no estuviera allí y la risa de su adversario se quebró.

—¿Te has largado, maldito, te has largado?

El asesino no obtuvo respuesta. Gateó y se topó con los cadáveres de sus secuaces.

—¡Estoy aquí, dispara, dispara!

Continuó sin obtener respuesta. Jack lo quería vivo.

Escuchó los pasos torpes del acorralado *gángster* que, tanteando las paredes, se dirigió a la puerta.

Jack se puso en pie y lo esperó conteniendo la respiración.

—Eh, amigo, ¿dónde estás? ¿Has huido? Sí, claro, eres un cobarde —tornó a reír el delincuente cuando algo duro y muy pesado golpeó su nuca dejándolo inconsciente.

Tras desarmarlo, Jack se cargó el cuerpo de El Chato y lo sacó del sótano.

Cuando estuvo en la calle, lo hizo pasar por un borracho. Lo metió en el coche y salió a toda velocidad.

Ya junto al río Potomac y, en un lugar descubierto, detuvo el auto.

Abrió el portaequipajes. Sacó algunas cuerdas con que sujetó manos y pies de El Chato y luego metió a éste en el amplio portaequipajes del descapotable «Mercury».

—¿Eh, qué haces, qué haces conmigo? —inquirió el *gángster* despertando de súbito.

—Te dije que te devolvería el trago. ¿Te acuerdas del Cat Club?

—No podía hacer otra cosa, acababa de recibir órdenes.

—Tú eras el jefe de la pandilla y ¿sabes qué voy a hacer contigo?

El *gángster* tragó saliva. Se sabía en verdaderas dificultades. No habría sentido miedo si Jack Foster hubiera sido un policía oficial, porque en ese caso tendría que entregarlo al juez y ser juzgado. Con un buen abogado, saldría del paso o, cuando más, con poco tiempo de cárcel. Pero Jack Foster era distinto, podía matarlo.

—¿Qué, qué vas a hacer?

—Cerrar la tapa del portaequipajes y dejar que el coche ruede por la pendiente hasta meterse dentro del río con suavidad. Tardará un poco en hundirse, lo hará lentamente porque es un coche bueno. En cuanto a ti, el agua se irá filtrando por las rendijas y vivirás hasta que se llene el portaequipajes. Luego, tragarás agua en cantidad, como yo tragué el *whisky* con tu maldita píldora. No creas que se molestarán en sacar el coche del río, no, hay muchos que están cansados de su auto y lo tiran al Potomac. Es más, hasta las autoridades recogen coches viejos y los arrojan al río para hacer contenciones e incluso, si lleve fuerte, puede que llegues al mar dentro de algunos días. Pero, no temas, los tiburones tío darán cuenta de ti. Estarás como dentro de un ataúd, pero de acero.

Dicho esto, cerró de golpe el portamaletas, dejando a El Chato agobiado por el terror.

Jack sabía muy bien cuál iba a ser la reacción da aquel tipo, frío ante la muerte de los demás, pero no ante la suya propia.

El *gángster* comenzó a golpear como pudo la tapa del maletero, pero Jack puso en marcha el motor. Luego, volvió atrás y abrió de nuevo el portaequipajes preguntando irónico:

—¿Qué ocurre, no te sientes a gusto?

—No, no me mates, ¡te diré lo que quieras!

—Bien, bien, entonces respóndeme. ¿Quién te da órdenes?

—No lo sé.

—¿Ves cómo te empeñas en tragar agua?

Alzó la mano cogiendo la tapa del portamaletas con intención de cerrarla, pero El Chato gritó:

—¡No, te diré lo que sepa!

—Pues empieza, yo no tengo prisa. —Sacó un cigarrillo al que prendió fuego y comenzó a fumar mientras el otro, bien sujeto, se encontraba en difícil situación dentro del maletero.

—Hay dos tipos de por medio en este asunto.

—¿Quiénes son? Te advierto que nadie va a venir a ayudarte. Linden ya ha muerto. Benini también y los dos que te acompañaban no han tenido mejor suerte, de modo que te interesa hablar para salvar la piel, por poco que la aprecies.

—Dos tipos me dieron el trabajo. Uno de ellos era un oriental.

—¿El que yo vi por la televisión que había en aquel sótano

donde me metisteis?

—Yo no vi la televisión. Cuando empezaron contigo, el más alto y viejo de los dos nos dijo que nos largáramos, que nuestra misión había terminado por aquella noche y que el resto era cosa suya.

—Pero al otro, ¿lo viste?

—Sí, era el que pagaba, un oriental de pega.

—¿De pega?

—Sí, tenía una careta de caucho que ocultaba su verdadera cara. No es fácil engañarme a mí.

—¿Averiguaste su identidad?

—No.

—¿Lo intentaste?

—Sí, pero cuando dos de mis muchachos trataron de seguirlos, dos tipos, por lo visto a las órdenes del falso chino, se metieron con ellos obligándoles a cambiar de nimbo. El tipo ese no está solo.

—¿Cuántas veces viste a ese oriental?

—Sólo dos, pero al otro le vi más.

—Háblame de ese otro.

—Es un «doc». Uno de mis hombres lo reconoció por una fotografía de una revista. Es muy popular, un eminente psiquiatra.

—¿Sabes su nombre?

—¿Me soltarás si te lo digo?

—Di su nombre o cierro el portaequipajes.

—Se llama Roland Lloyd y vive en el número cuatro de la Pennsylvania Avenue.

—¿Que más puedes contarme?

—Que a otro tipo que me trajeron, un albino, también lo metimos en el sótano con ese psiquiatra. Creo que lo que hacían era lavarle el cerebro, pero pensé que si quería cobrar y seguir vivo no debía meter las narices demasiado.

—Pues sí, le lavaron el cerebro y trataron de hacer lo mismo conmigo, aunque yo tuve más suerte y escapé. —Hizo una pausa y añadió—: Ahora, iremos a comprobar lo que me has dicho sobre Ronald Lloyd. Si no es cierto, volveremos aquí y no habrá quien te salve.

Jack cerró con llave el portamaletas para que El Chato no pudiera escapar. Subió al «Mercury» y se dirigió a la Pennsylvania Avenue.

La casa del doctor Roland Lloyd resultó una mansión muy elegante ubicada en una avenida señorial. El hombre debía haber prosperado mucho.

Aparcó el auto en plena calle y, situándose junto al portamaletas, dijo lo suficientemente alto para que El Chato le oyera:

—Si te mueves, si llamas la atención, no regresaré a buscar el coche, que está a nombre falso. Desde lejos, me limitaré a disparar contra el portaequipajes. Las balas perforarán la plancha con facilidad y te quedarás frito sin poder escapar, ¿comprendido?

—Sí, pero regresa pronto. Me asfixio, me falta aire. Estoy sudando como un condenado —gruñó El Chato desde su incómoda posición.

—Más vas a sudar si te sientan en la silla eléctrica.

La avenida estaba profusamente iluminada. Se acercó a la verja donde un rótulo de metal rezaba:

Dr. Roland Lloyd. Psiquiatra
Clínica particular

Pulsó el timbre de llamada y como primera respuesta obtuvo los ladridos de una pareja de mastines alemanes, la puerta de la casa propiamente dicha se abrió. Se encendió una luz y una doncella, con cofia y delantal, salió hasta la verja. Los mastines, a una voz de la mujer, callaron, pero Jack estuvo más tranquilo viéndolos encadenados junto a su caseta.

—¿Qué desea, señor?

—Ver al doctor Lloyd.

—Imposible —fue la rápida respuesta de la sirvienta—. Ya es muy tarde. El doctor acaba de cenar y debe descansar.

—Es muy urgente, tengo que verlo.

—No insista, señor, no va a recibirle. Nunca lo hace de noche. El no es un traumatólogo, ni siquiera un médico de cabecera.

—Me llamo Steve

O'Connor

y vengo de parte del gobernador Danielson. Hágaselo saber inmediatamente.

—¿Del gobernador? —repitió la doncella perpleja.

—Vamos, dese prisa.

—Aguarde un momento, voy a comunicárselo.

La doncella no abrió la puerta e hizo esperar a Jack en la calle, pero no tardó en aparecer demandando disculpas.

—El doctor le espera en su despacho, y perdone.

Jack no respondió, tenía prisa. Siguió a la doncella hasta el despacho del doctor Lloyd, una estancia lujosa como toda su mansión. Amplia, cómoda, y con suaves luces indirectas que hacían agradable la estancia allí.

—Buenas noches, señor

O'Connor.

La doncella me ha dicho que...

—Que vengo de parte del gobernador.

—Exacto. Tome asiento.

Jack se acomodó en uno de los mullidos sillones. Vio que la faz del médico, al verle, se había demudado aunque procuraba sostener la situación.

—Usted dirá. ¿Le ocurre algo al gobernador que yo pueda solucionar?

—Vamos, «doc», las cartas ya están boca arriba. Ronald Lloyd parpadeó expresando desconcierto.

—No le entiendo, señor

O'Connor.

—Pues debería entenderme, porque lo único que va a conseguir con su actitud es alargar la entrevista. Ante todo le diré que soy detective privado, no policía. No voy a arrestarlo ni tengo autoridad para hacerlo, pero sí se me ha encargado una investigación muy especial, en privado, naturalmente.

—Bueno, señor

O'Connor,

está muy bien todo lo que me explica, pero no acabo de comprender lo que pretende de mí. Mi profesión es la psiquiatría.

—Y la mía, impedir que me laven el cerebro como usted pretendió.

—Señor

O'Connor,

creo que se está sobrepasando.

—Vuelva a sentarse, «doc», no se haga el pseudoofendido. Le he descubierto, todo está perdido.

La frente del galeno se perló de sudor, aunque él trató de sostener la situación objetando irónico:

—No querrá usted que le repase la mente, ¿verdad? Puede que por exceso de trabajo se sienta algo aturdido, ¿cómo le diría?, una confusión de personajes, fechas y situaciones.

—No trate de hacerme pasar por loco. Tiene la partida perdida de antemano, tengo un testigo que le ha denunciado.

—¿Denunciado?

—Sí. Usted lavó el cerebro de Paul Klofosky y lo programó para asesinar al gobernador Danielson, para el cual trabajo.

—Eso es un infundio que no pienso tolerar.

Sin hacer caso de las protestas del psiquiatra, Lloyd prosiguió:

—También trató de programarme a mí, pero logré escapar y le aseguro que no me he estado quieto desde entonces.

El galeno se dejó caer en su butaca. Se derrumbaba por momentos.

—Creo que todo es una confusión.

—Ninguna confusión. Los pandilleros que contrataron han caído todos, excepto el jefe, que es mi prisionero. El Chato está muy asustado. Cuando digo «hablará», me refiero a una corte, porque a mí ya me ha explicado lo que sabía respecto a usted.

—Si ellos ignoraban mi nombre —confesó ya abiertamente.

—Es usted un personaje popular, doctor. Le vieron en una revista y le identificaron. Le advierto una cosa, yo no pienso detenerlo, aunque sinceramente lo desprecio.

—Entonces, ¿qué sucederá conmigo?

—Cuando al final de mi investigación entregue el informe con las pruebas consiguientes, será el fiscal general del Estado quien decida. Luego, se celebrará un juicio.

—Será mi ruina —protestó Lloyd.

—¿Y qué cree que fue del pobre sargento?

—A mí me lo trajeron. Ni siquiera sabía su nombre.

—Sí, claro, para usted sólo era una cobaya, pero no dejaba de ser un hombre como yo.

Además, asesinar al gobernador...

—Le dije que no quería participar en esto, pero me obligaron, se lo juro, me obligaron. Jamás se me habría ocurrido a mí cometer una barbaridad semejante. En vez de curar, destruir mentes

humanas y ¿para qué? Para asesinar a un eminente político.

—Debió negarse, «doc». Ahora no estaría todo perdido para usted. Será difícil a su edad soportar unos años en la cárcel, aunque si tiene un buen abogado puede que le rebajen la condena —dijo Jack conmisericordioso.

—Ya le he dicho que me obligaron.

—¿Cómo? —preguntó un tanto escéptico y despreciando a aquel científico que había empleado su ciencia de la forma más execrable posible.

—Me han chantajeado.

—¿Motivo?

—Un tropiezo que tuve hace dos años, poco más o menos. Un suceso que yo había sepultado ya en el fondo de mi alma.

—¿Puedo conocerlo?

—Si todo está perdido ya, ¿qué más da?

—Entonces, le escucho.

Roland Lloyd apoyó los codos sobre la amplia y lujosa mesa. Sostuvo la cabeza con las palmas de sus manos mientras hablaba ya derrotado. No era hombre de lucha y sabía que nada podría hacer contra aquel tajante y enérgico detective privado que ya poseía pruebas y testigos para destruirle.

—Sucedió en Baltimore. Cruzaba la ciudad de noche cuando un hombre que atravesaba la calzada se interpuso delante de mi auto.

—¿Lo atropelló?

—Sí. Miré alrededor, no había nadie. Bajé del coche y comprobé que aquel sujeto, que olía a alcohol, estaba muerto.

—¿Y huyó?

—Sí, tuve miedo. Sabía lo que podía costarme en mi carrera.

—Supongo que se vino corriendo a Washington y se escondió en su casa temeroso de que sucediera algo.

—Sí. Leí los periódicos de Baltimore y por ellos supe que se buscaba al coche que había arrollado a aquel infeliz alcohólico, pero que no habían testigos del suceso.

—Pero, por lo visto, sí los hubo.

—Sí, y con fotografía en la que se veía mi coche con la matrícula. Incluso, se me ve la cabeza a mí.

—¿Cómo pudieron hacerle semejante foto?

—Lo ignoro, pero la fotografía, una copia, naturalmente, me fue

mostrada.

—¿Por quién?

—Por un oriental muy extraño que es el que luego me na obligado a colaborar con él.

En realidad, él lo llevaba todo, yo sólo ponía la parte científica en el lavado de cerebro.

—¿Le dijo él cómo hicieron la foto?

—No.

—¿Recuerda la calle dónde ocurrió el accidente?

—Sí. Fue en un cruce muy iluminado por potentes lámparas de mercurio.

—Y pese a tanta iluminación, ¿no le vio nadie?

—Es una zona tranquila por la noche. Recuerdo que era muy de madrugada. Aquel hombre debió salir de algún club.

—Dígame las calles, «doc».

—El Washington Boulevard y la Grant Avenue.

—Eso es fácil de encontrar. Por cierto, «doc», le servirá a usted de mucho.

—¿El qué?

—Darle la identidad de ese oriental que parece dirigirlo todo.

—Si lo supiera se lo diría. Lo odio tanto como el que más. El me ha hundido por completo.

—Bueno, «doc», considero que usted ha cometido delitos suficientes para ir a la cárcel, pero opino también que ha sido una víctima más de ese hombre. Le dejo, pero no se mueva de Washington. No tengo autoridad para hacerle tal recomendación, pero si no hace caso de mi sugerencia o si advierte a ese oriental de mi presencia e investigación, sólo hará que perjudicarse cuando se presente a la corte para responder de los cargos que se le formulen. Sea un hombre y acepte lo que se ha buscado.

—Me gustaría encontrar a ese oriental y apretarle el cuello con mis manos, se lo juro, pero es escurridizo y siempre iba protegido por otros hombres.

—¿Los vio?

—No claramente.

—¿Reconocería a alguno si lo viera?

—No sé, es posible, pero lo que sí reconocería es la voz de ese oriental.

—¿Y si la modificó para no ser identificado con posterioridad?

—Si, eso lo hacía cuando hablaba por el circuito cerrado de televisión, como cuando se dirigió a usted al principio del tratamiento.

—Ya, prefería el circuito de televisión porque la cámara sólo tenía una imagen plana, es decir, con dos dimensiones. De esta forma es más fácil esconder según qué rasgos y al mismo tiempo se puede graduar el micrófono de forma que se cambia la voz. Sin embargo, me vale el que pueda usted reconocerla si llega el momento.

—No dude que lo haré.

—Será una baza a su favor en la corte. Ahora, disculpe, tengo prisa. —Se levantó del sillón y ya junto a la puerta dijo—: Voy a Baltimore.

El psiquiatra quedó en su despacho, abatido.

Sin embargo, en las pupilas del anciano científico brillaba una pequeña luz de esperanza, una luz más pura y tranquilizadora.

CAPÍTULO IX

Sterling, el lugarteniente de Ferguson, pasó ante la célula fotoeléctrica con el automóvil y la puerta del garaje se abrió automáticamente.

El automóvil penetró en el recinto con suavidad. Una vez dentro, la gran puerta, que se había elevado en el aire como por arte de magia, volvió a cerrarse. Unas ventanas altas daban luz al local.

Movió la manecilla para abrir la portezuela, pero ésta cedió con excesiva facilidad.

Sorprendido, miró hacia fuera y vio que un hombre acababa de abrir la puerta.

—Ah, es usted, Foster.

—Sí, le estaba esperando, Sterling. Querían ayudarlo a bajar del coche —dijo con una sonrisa que no presagiaba lo que iba a ocurrir a continuación.

Jack Foster cogió por las solapas a Sterling y lo sacó materialmente del auto mientras su mano, hábilmente, le arrebató el arma que Sterling llevaba en la axila.

—¿Qué significa esto, qué está haciendo? —Gruñó molesto.

Jack lo empujó lanzándolo contra la mesa de herramientas. Observando el arma que le había quitado dijo:

—Quiero hablar un rato con usted y esto le sobra.

—¿Por qué? ¿Quién se ha creído que es, un matón?

Porque el gobernador haya depositado su confianza en usted, no le da derecho a...

—Cierre el pico, oficial Sterling. Sterling parpadeó:

—¿Qué pretende?

—Hace tiempo fue policía en Baltimore. ¿Lo ha olvidado?

—Ah, es eso —dijo como aliviado—. ¿Cómo lo ha sabido, quién se lo ha dicho?

—He estado en Baltimore, acabo de regresar de allí.

—¿Tanta molestia para averiguar si yo era policía anteriormente? También usted fue federal.

—Sí. Haber sido policía del estamento que sea, es un honor, lo que no es tanta honra es haber salido para hacer negocio con ciertos secretos obtenidos en el lugar de trabajo.

—¿Qué estupideces está inventando?

—Tómelo con tranquilidad, Sterling. He averiguado que usted estaba en la sección de laboratorio. Por lo visto, es un excelente fotógrafo, pero no ganaba lo suficiente para su ambición y se pasó a las órdenes de Ferguson.

—¿Qué hay de malo en ello, Foster? Todos queremos prosperar y aquí gano mucho más dinero.

—Pero de modo más descansado y a la vez es más divertido.

—Puede, pero ¿a qué viene todo eso ahora?

—Cierta policía, encargado del laboratorio fotográfico, recogió el carrito acoplado a un semáforo situado en el cruce de las avenidas Washington y Grant, un semáforo como hay muchos en el país y en todas las grandes urbes mundiales. Cuando un coche pasa con la luz roja, queda fotografiado y de este modo se le puede poner la multa posterior, sin que nadie le haya visto.

—Sí, ése era mi trabajo. Revelar los carretes puestos en los postes de semáforos, por si alguien lo cruza cuando no es debido. Aunque, no es necesario que se lo cuente, Foster, usted ya lo ha averiguado —respondió ahora con ironía, esperando conocer lo que Jack había descubierto en todo aquel lío.

—El policía de que le hablo observó de pronto que una de las fotografías era muy interesante. Un coche acababa de atropellar a un hombre y huía. En la instantánea podía verse claramente la placa de su matrícula e incluso el perfil del conductor.

Sterling palideció. No obstante, trató de sostener la situación mientras su mano se apoyaba en la mesa. Lentamente se acercó a una de las llaves inglesas que había sobre ella.

—Me parece que supone demasiado.

—No, no supongo demasiado. El agente pensó que con aquella foto podía hacerse un excelente chantaje; Por el tipo de coche que llevaba el imprudente conductor, no cabía duda de que tenía dinero y podía sacársele una buena tajada. El policía pensó que si quitaba

la foto del carrete, sus superiores podían sospechar y decidió poner en lugar de aquella película otra velada. Todo parecía un simple incidente y unos cuantos dejarían de pagar la multa correspondiente por pasar el semáforo con luz roja. Usted, que era ese policía, se quedo con la foto comprometedora. No le fue difícil averiguar la identidad del conductor gracias a las placas de matrícula que se veían perfectamente en la fotografía.

A Sterling no le hacía falta escuchar más para comprender que Jack Foster había averiguado demasiado.

Aprovechando que Jack guardaba la pistola en su bolsillo (lo que Sterling ignoraba es que aquella oportunidad se la había dado exprofeso), tomó la llave inglesa y arremetió con ella en alto contra Jack, intentando darle un golpe mortífero que acabara con él.

—¡Toma! —Gruñó.

Sterling lanzó un rugido de dolor al serle apresada la mano armada por una llave de *jiu-jitsu* que le luxó el brazo e hizo caer la llave al suelo.

Sin embargo, Sterling propinó una patada a Foster y trató de escapar corriendo hacia la pequeña puerta del garaje. Jack fue más rápido y lo apresó dándole la vuelta.

Mientras Sterling fallaba un puñetazo, tuvo que encajar dos, en el estómago y mentón respectivamente.

Jack no se anduvo con contemplaciones. Le hizo una presa en el brazo mientras le sujetaba la cabeza por el cuello, pegándosela al suelo, y así prosiguió su diálogo, ahora convertido en un apremiante interrogatorio.

—Tú has chantajeado al doctor Lloyd, ¿verdad?

—No, no, yo no quería chantajear a nadie. He sido policía y sé que los chantajistas siempre pierden a la larga.

—Sí, eso es cierto. ¿Quién fue, entonces?

—Yo me puse en contacto con Ferguson. A él le pareció que era un hombre que le servía y me contrató como guardaespaldas del gobernador.

—¿Y tú le entregaste la fotografía a él?

—Sí.

—¿Y qué hizo con ella?

—Lo ignoro.

Jack presionó la llave del brazo.

—Te irá mejor si hablas.

—No lo sé, se lo juro. Yo sólo trabajaba para él.

—¿Y para quién más?

—Nadie más, sólo para Ferguson.

—Bien, creo que por ahora me iré conformando. También quisiera saber algo sobre el «Yellow Bolid».

—Ferguson pagó para que un mecánico lo preparara.

—Podía haberme desintegrado yo.

—No. El termómetro estaba arreglado para que subiera sin motivo, pero eso le obligaría a saltar del coche temiendo que estallara de un momento a otro.

—Muy ingenioso. ¿Qué más?

—Quince segundos después de salir el asiento despedido por el aire, estallaría una pequeña carga de plástico que había junto al depósito de carburante. También arreglamos una de las cámaras de televisión para que no enfocara bien el momento del accidente y no nos localizara cuando lo recogiéramos.

—Bien, Sterling, con lo que me has contado me basta por ahora.

—¿Qué va a hacer conmigo?

—Tú me hiciste dormir allá en Nevada. Creo que ahora me toca devolvarte la píldora, pero como no tengo aguja hipodérmica, utilizaré la ciencia oriental, que también surte buenos efectos hipnóticos.

Sterling parpadeó perplejo antes de recibir un calculado golpe de karate en la base de la nuca que hubiera sido la delicia de cualquier insomne recalcitrante.

Randall, el famoso periodista, con la cámara fotográfica colgada sobre su pecho y el magnetófono portátil en bandolera, echó el ala de su sombrero hacia atrás.

Le habían citado en aquel espléndido edificio gubernamental para una espléndida primicia noticiable y no sabía quién le había invitado.

Anduvo por entre las plantas y sillones del lujoso vestíbulo cuando una mujer que le arrancó un silbido de admiración se acercó a él.

—¿Randall?

—Sí, yo mismo.

La chica le tendió la mano y sonrió.

—Me llamo Edna Wood. Soy la jefe de publicidad del equipo del gobernador Danielson.

—Diablos, había oído comentar su buen hacer, pero ignoraba su buen ver.

—Muy galante, Randall, pero sígame, no tenemos tiempo que perder. La conferencia está reunida.

—¿Qué conferencia? No entiendo nada. Yo soy especialista en deportes. No me diga que voy a presenciar una carrera de caballos o un combate de boxeo en este edificio oficial...

—Lo último, quizá —dijo ella sin detener su paso en dirección a uno de los ascensores donde aguardaba un botones sin dejar pasar a nadie; esperaba a Edna Wood.

—En fin, sea lo que sea creo que se podrá publicar.

Al penetrar en el camarín del elevador y cerrarse la puerta a su espalda, palideció de angustia. Su frente se perló de sudor, balbuciendo casi sin voz:

—Jack, Jack Foster...

—No temas, Randall, no soy ninguna aparición. No estoy desintegrado, lo del «Yellow Bólido» estaba amañado.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Somos amigos, ¿no? —Gruñó ahora colérico tras pasársele la primera impresión de susto.

—Yo tampoco lo sabía. Trabajo para el gobernador Danielson; una investigación muy privada, pero como ésta se termina, ya puedo empezar a mover los medios de publicidad. Esta encantadora chica me ha enseñado cómo hacerlo —dijo cogiendo a Edna por la cintura.

—Diablos, esto se merecerá una primera página a todo color.

—Pues ya puedes hacerme la primera fotografía que se me toma después del accidente del «Yellow Bolid», pero que salga Edna; es mi chica.

—¡Eh! —exclamó ella—. Yo no te he dicho sí.

—Pero lo estás deseando. Anda, Randall, tira la instantánea. Aunque hay poco espacio dentro del elevador, puede salir bien.

—Desde luego.

Edna no protestó y salió sonriente en la placa. Después de todo, no podía negar que Jack Foster la dominaba y ¿qué ocurriría cuando llegaran a Niágara, en el clásico viaje de novios? Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y se dejó arrullar por el

hombre. Randall tomó una nueva placa.

—Cuidado, Randall, no gastes demasiadas fotografías. Puede que dentro de un rato te hagan falta para retratar mi cadáver.

—¿Tu cadáver? ¿Por qué?

—Voy a hacer un experimento en el que estarás presente y, si me sale mal, creo que me pesará.

—Jack, no te expongas —suplicó Edna.

El hombre la empujó suavemente. Habían llegado a la planta décima.

Un grupo de hombres esperaba frente a un despacho. Jack los saludó a todos.

—Buenos días, caballeros. No, no voy a hacerles perder tiempo —atajó cortando las preguntas que iban a lanzar sobre él.

Entre los presentes estaban el gobernador Danielson, Ferguson, el vicegobernador Breger y el coronel Stoneman, agregado militar del equipo de Danielson.

—¿Cómo se ha atrevido a cerrar la puerta de mi despacho? —inquirió Danielson molesto.

—Perdone, sólo ha sido para prepararlo para esta reunión, es que he dejado unos paquetes dentro. Por cierto, creo que no hace falta que les presente; sin embargo lo haré.

—Foster hizo las presentaciones del gobernador Danielson y su equipo y, por otro lado, de tres personajes importantes que ya se conocían: —El señor Slatery, *sheriff* del condado, el inspector Boorman, del FBI, y el mayor Conutry, de la Military Police. Bien, ahora podemos pasar al despacho.

Jack abrió la puerta con la llave que se había traído, pues había colocado un candado con dos cáncamos adecuados, operación que apenas le había llevado un minuto.

Hubieron inclinaciones de cabeza y luego pasaron todos al despacho, donde habían tres grandes bultos. Ferguson no pudo por menos que exclamar:

—¡El frigorífico!

—¿Qué significan esta nevera y esos dos baúles? —Gruñó el gobernador pasando a colocarse tras su mesa escritorio.

—Randall, conecta tu magnetófono. Todo lo que se diga aquí podrá ser empleado luego en la corte correspondiente.

—Enseguida —aceptó Randall, intuyendo un fabuloso reportaje

periodístico. Jack, con parsimonia, cerró el despacho.

Ferguson gruñó:

—¿Teme que huya alguien?

—No me extrañaría. En fin, ante todo, para estos tres invitados de honor que representan a la policía Interestatal, al FBI y a la Military Police, les diré que soy Jack Foster.

—Sí, ya le he reconocido —asintió el federal—, pero creí que había desaparecido desintegrado en unas pruebas con un bólido de la casa Merith, en Nevada.

—Sí, eso parecía, ¿verdad, Randall? —inquirió Foster.

—Es cierto. Yo fui uno de los primeros en publicarlo. Menudo planchazo.

—¿Se salvó del accidente? —preguntó el *sheriff* del Condado.

—Sí, pero era un accidenté amañado. —Hizo una pausa y dirigiéndose a Ferguson dijo—: Es muy probable que el señor Merith le haga cargos por la destrucción de su bólido.

El gobernador intervino:

—Lamento que Ferguson haya actuado con tanta indelicadeza, pero como empleado mío, si se presentan cargos yo pagaré y buscaré un arreglo con el señor Merith sin necesidad de acudir a la corte.

—Eso es obrar con inteligencia, gobernador —asintió Foster—. Bueno, señores —se encaró con los tres representantes de cuerpos policiales—, yo también trabajo para el gobernador Danielson. Creo que la Prensa ha hablado bastante sobre esto últimamente.

El *sheriff Country* preguntó:

—Hemos sido convocados aquí por el asunto del terrorista, ¿verdad?

—En efecto. El gobernador me encargó la investigación de los atentados que recibía.

No es que les subestimara a ustedes, pero tenía recelos de sus oponentes políticos.

Danielson frunció el ceño.

—Foster, le dije que todo este asunto era altamente secreto y creo que no le he autorizado a revelarlo, y menos trayendo a un periodista con máquina fotográfica y magnetófono.

—No se moleste, gobernador. Creo que he descifrado el misterio del terrorista y, por lo tanto, el caso ha llegado a su fin. Mi deber

como detective privado es comunicar mis averiguaciones a las autoridades policiales siempre que haya delito de sangre, por ello nadie puede retirarme la licencia.

—Eso es cierto —aceptó el *sheriff* del Condado—. Obra usted cuerdamente y no se tendrán en cuenta anteriores averiguaciones que pudieran estar un tanto al margen de la ley, ya que ha sido comisionado expresamente por el gobernador.

—Bien, prosigamos. Ante todo me dirijo a usted, mayor *Country*. Fíjese en este frigorífico.

—¿Qué ocurre con él? —preguntó el representante de la M. P.

—Dentro de la nevera hay un cadáver. —Todos, excepto Ferguson, parpadearon sorprendidos—. Sí, el cadáver del sargento Paul Klofosky.

—Creo que ese hombre está buscado por desertor apresuró a indicar el mayor *Country*.

Por su parte, Ferguson añadió:

—Es el terrorista que capturamos cuando trató de asesinar al gobernador con un rifle de precisión.

—Ese cadáver debe ser enterrado con todos los honores. El sargento Klofosky no es ningún homicida desertor, sino simplemente una víctima, un hombre al que le lavaron el cerebro y lo programaron contra su voluntad para asesinar al gobernador Danielson. Lo sé bien porque a mí trataron de hacerme lo mismo tras capturarme los secuaces del cerebro que dirige esta diabólica organización.

—¿Puede demostrar que tenía el cerebro lavado? —preguntó *Country*—. Es muy importante.

—Sí, lo demostraré, no pase cuidado. Bien, no creo que sea necesario ver el cadáver refrigerado del infeliz sargento que debe quedar eximido de culpas.

—¿Va a contarnos ahora la historia de esos dos grandes baúles? —preguntó Ferguson sardónico.

—Sí, naturalmente. Primero, abriremos éste.

Jack introdujo la llave en uno de los baúles puesto en pie y lo abrió mostrando su interior.

El Chato, bien atado y amordazado, apareció dentro.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió Boorman, el federal—. Le advierto que el secuestro tiene muy mal juicio.

—El secuestro sí, pero la captura de delincuentes es aplaudible, según creo. Este hombre es un pandillero, jefe de una pequeña banda de *gangsters* que operaba en Washington en trabajos de poca monta. El se hizo cargo del sargento Klofosky mientras le lavaban el cerebro también me capturó a mí. Además, uno de sus secuaces drogó a la señorita Wood aquí presente y otro de ellos asesinó fríamente a la médium, mundialmente famosa, Lotty. —Con sucintas palabras explicó lo ocurrido en el National Hotel.

—Parece que usted ha investigado a fondo, señor Foster —sonrió el federal.

—No en vano aprendí en Quántico, inspector. El gobernador apremió:

—¿Qué más ha podido averiguar a través de ese *gángster*?

—Nada. En realidad, él no sabía nada, sólo le pagaban para que trabajara en silencio.

Pero, aquí tengo otro baúl.

—¿Otro prisionero? —preguntó ya algo jocoso el *sheriff* del condado, divertido por la situación, sin escapársele la gravedad que representaba estar delante del gobernador, gran candidato a la presidencia de la acción.

—Sí, véanlo.

Abrió el baúl dejando al descubierto otro personaje, también atado y amordazado.

—¡Sterling! —exclamó el gobernador.

Ferguson palideció y los lentes se le entelaron de sudor.

—Si, Sterling, uno de sus guardaespaldas, gobernador. El también ha confesado de plano. Ha practicado el chantaje sobre un eminente psiquiatra, obligándole a actuar científicamente lavando el cerebro de Klofosky. También empezó conmigo aunque, por suerte para mí, no pudo terminar la segunda sesión.

—Es muy interesante todo esto —opinó el federal.

Ferguson trató de aproximarse a la puerta, pero Jack le detuvo acusándolo con el índice.

—Sterling trabajaba para usted, Ferguson. Usted era quien manejaba a los pandilleros.

—¿Yo?

Ferguson miró alrededor, asustado. Echó a correr, pero una rociada de balas se incrustó en su espalda.

Cuando las detonaciones cesaron y el olor a pólvora abofeteó los olfatos de los presentes, todos miraron hacia el gobernador. Éste tenía un brillante «Colt» 45 en la diestra, arma que había sacado del cajón de la mesa del despacho.

—Lo lamento. No he podido contenerme al descubrir al traidor que intentaba asesinarme e ignoro todavía con qué fines.

Los tres representantes de los cuerpos policiales se miraron entre sí. Fue el *sheriff*.

Country quien dijo:

—Ha sido una situación lógica, gobernador. Ferguson era un asesino según el señor Foster y tiene pruebas y testigos para demostrarlo. Ha tratado de huir y usted se lo ha impedido. El problema termina aquí.

—Así es, gobernador, el problema termina aquí —dijo Jack aproximándose a la mesa despacho mientras Randall tomaba unas instantáneas del cadáver de Ferguson y otras de los baúles y la nevera. El *flash* centelleó dentro del despacho.

Jack tomó el «Colt» de la mano del gobernador y lo examinó con detenimiento.

—Un arma excelente y un calibre adecuado para que, a bocajarro, no sobreviva la víctima. Tome, gobernador, es suya. —Y se la devolvió.

—Creo que este enojoso asunto queda zanjado —dijo Danielson mohíno. Pero Jack Foster no fue de la misma opinión.

—No, gobernador, el caso no termina aquí. Ferguson era una pieza muy importante en este juego, pero no el cerebro director de la operación. El cerebro, como bien declarará El Chato, es un oriental.

—¿Un oriental? —repitieron sorprendidos los presentes, aún absortos ante la revelación de las investigaciones de Jack Foster.

—Sí, un oriental que, como bien dice El Chato, es de pega. —Sacó algo del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa del gobernador—. ¿Es suya esta careta, Danielson?

—¿Qué está usted diciendo? —inquirió furioso, sin tocar la máscara.

—Debe ser suya, gobernador, porque yo me he permitido el lujo de registrar su despacho y la he hallado muy bien escondida. No podrá negar que es suya. He descubierto varios cabellos que ya

están siendo analizados en el laboratorio federal. Se lo he pedido como favor a un antiguo compañero.

Los huesos del rostro de Danielson semejaron perfilarse bajo la piel mientras ésta palidecía.

—Esta insinuación será una broma, ¿verdad, Foster?

—No, no es una broma, gobernador. Usted es el cerebro de todo. Montó su propio juego.

—¿Con qué objeto? —inquirió tratando de reírse de Foster.

—Con el de ganar votos, sencillamente. Usted pedía riguroso secreto y sin embargo, anónimamente, enviaba partes a la Prensa. Usted advirtió a los periódicos de la existencia de un terrorista, y lo hizo desfigurando pequeños detalles para que no se sospechara demasiado directamente de usted o de su equipo.

—Foster, se está propasando y tendrá que arrepentirse. La autoridad soy yo.

—Usted es la autoridad, pero no tiene derecho al crimen —masculló Jack—. Hizo que Ferguson chantajeara al doctor Roland Lloyd y este eminente psiquiatra se encargó del lavado de cerebro de Paul Klofosky, sin saber en realidad para quien trabajaba. El doctor hizo bien su trabajo, pero como usted conocía todos los detalles de la operación, hizo detener a Klofosky antes de que resultara un verdadero peligro para usted. Ferguson, que estaba a sus órdenes, actuó con rapidez.

—De interesarme tal acción para desprestigiar a mis rivales en la candidatura, habría expuesto a los cuatro vientos el atentado del terrorista.

—Eso lo hubiera hecho caso de ser un ingenuo, gobernador, porque inmediatamente después se habría abierto una investigación que podía llegar a descubrirle. Usted sólo pretendía ir insinuando y luego me encargó a mi el trabajo de la investigación para cubrir el expediente, poniéndome en principio de su parte por ser la víctima, pero al mismo tiempo el culpable. Yo no podía recelar de usted, y menos cuando había estado a punto de ser programado también para el crimen. Pero la escapatoria me pareció demasiado fácil y sospeché que todo había estado preparado para que yo pudiera huir por mis propios medios y corriera a explicar que habían tratado de lavarme el cerebro para asesinarle. En realidad, el doctor Lloyd creía programarme, pero usted se cuidó de que yo consiguiera

escapar y de este modo quedaba más convencido. A la vez, trataba por todos los medios de que yo sospechara de Childson, su mayor rival en las elecciones. Pero le falló, gobernador. Yo soy leal a mis clientes, pero por encima de todo soy leal a mí mismo. Cuando recelé que usted era el cerebro, busqué pruebas para desenmascarar a un ambicioso político que no anhela el bien de su país, sino su propio bien, importándole muy poco el crimen y el infundio. Lo siento, gobernador, pero está perdido.

—¡No, todo es una farsa y haré que lo detengan! ¡*Sheriff*, encarcele a ese hombre por calumnias!

—El *sheriff* no va a obedecerle porque ya sospecha de usted, Por si falta poco, a la prueba de la careta a dado un testigo que está esperando tras la puerta. El le reconocerá como el cerebro de la organización.

Foster se dirigió a la puerta con la llave en la mano.

Danielson, viéndose perdido, alzó el arma con la que matara a Ferguson creyendo que así sellaba el caso.

—Quietos, quieto todo el mundo. Al que se mueva lo mato. Estoy acorralado, sí, pero me llevaré por delante al que pueda si no me obedecen —advirtió ya fuera de sí.

—Es un comportamiento execrable el suyo —acusó el vicegobernador.

—¡Usted cállese o será el primero en morir!

—No. El vicegobernador es quien asume en estos instantes la jefatura del Estado.

Todos ustedes son testigos de la culpabilidad de Danielson. Todos asintieron con la cabeza a las palabras de Foster. Danielson, apuntándoles con su arma, jadeó:

—Sí, soy culpable, lo reconozco. Necesitaba votos, muchos votos para vencer. Tenía que desprestigiar a Childson y no me importó la forma de hacerlo, aun llegando al crimen. Pero no saldrá nadie vivo de aquí para contarle.

Jack sonrió mostrando la palma de su mano.

—No sea iluso, gobernador. Al tocar su pistola la he descargado, está encañonándonos con un revólver vacío.

El gobernador Danielson sonrió escéptico. Apuntó a Jack y dijo:

—Ahora lo veremos. Y apretó el gatillo.

Edna sufrió una contracción de terror, pero sólo se escuchó un

chasquido en el vacío. Luego, otro y otro... Danielson, vencido, arrojó el arma contra Jack, pero éste logró que no le tocara.

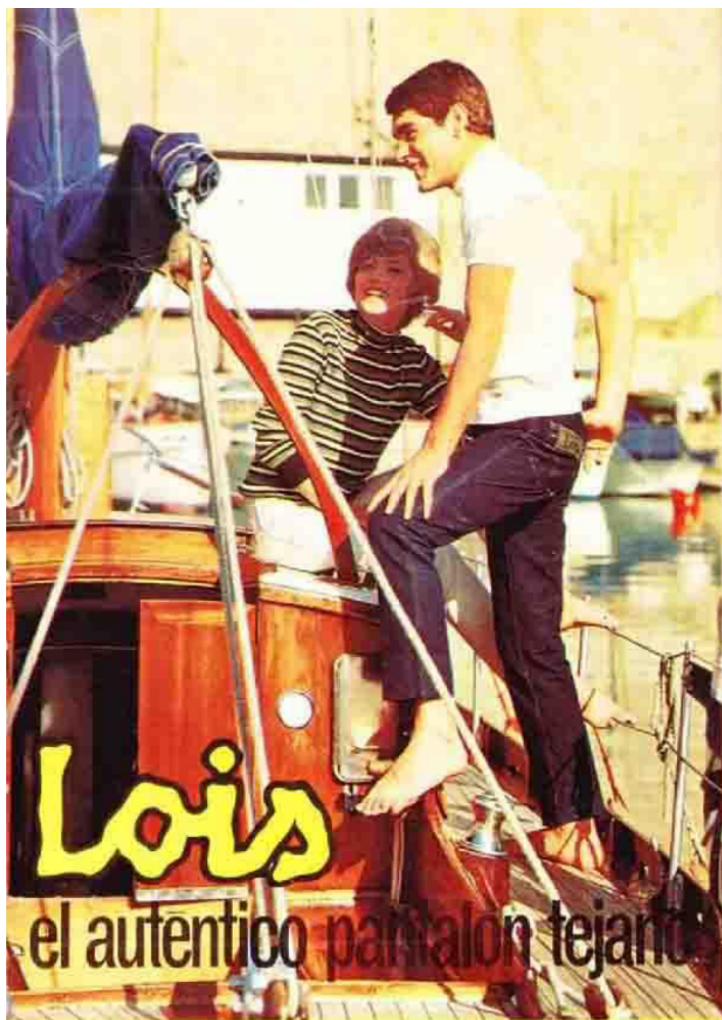
—¡Deténganlo!

Se lanzaron en su persecución, pero no hubo suerte. Los cristales del ventanal saltaron hechos añicos y el gobernador Danielson desapareció en el vacío.

Bajo él habían diez pisos de altura y en la calle, unos grupos de hombres con pancartas que rezaban:

VOTAD AL GOBERNADOR DANIELSON

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

